BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

LA CARROÑA ESTA SERVIDA

Lectulandia

Debbie despertó de pronto con ligero sobresalto y se quedó mirando el techo del dormitorio. Luego, giró hacia la derecha, al mismo tiempo que tanteaba aquel lado de la cama. No. Frank todavía no había vuelto Pero no se disgustó Hacía ya tiempo que las cosas habían quedado claras entre ambos: él era policía, y ella lo aceptaba con todas sus consecuencias, o.. Bueno la otra solución, desde luego, no era del susto de Debbie. Amaba demasiado a su marido, estaba Toca por Frank, y habría sido una estupidez separarse de di. Era mucho más práctico mentalizarse para aceptar con tranquilidad las peculiaridades del trabajo de él. Y a fin de cuentas las cosas tampoco iban tan mal, ni mucho menos. En cuanto uno coge la onda a su sistema de vida, puede sacarle mucho jugo, mucha felicidad…

Lectulandia

Lou Carrigan

La carroña está servida

Bolsilibros - Selección Terror - 344

ePub r1.0
Titivillus 01-07-2019

Lou Carrigan, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

Parte del final

DEBBIE despertó de pronto con ligero sobresalto y se quedó mirando el techo del dormitorio. Luego, giró hacia la derecha, al mismo tiempo que tanteaba aquel lado de la cama.

No. Frank todavía no había vuelto Pero no se disgustó Hacía ya tiempo que las cosas habían quedado claras entre ambos: él era policía, y ella lo aceptaba con todas sus consecuencias, o… Bueno la otra solución, desde luego, no era del susto de Debbie. Amaba demasiado a su marido, estaba Toca por Frank, y habría sido una estupidez separarse de di. Era mucho más práctico mentalizarse para aceptar con tranquilidad las peculiaridades del trabajo de él. Y a fin de cuentas las cosas tampoco iban tan mal, ni mucho menos. En cuanto uno coge la onda a su sistema de vida, puede sacarle mucho jugo, mucha felicidad…

Y eso era lo que habían hecho Frank y ella: habían cogido la onda a su sistema de vida. A decir verdad, a veces hasta era emocionante. No tenían hijos, de modo que cuando Frank tenía su tiempo libre podían hacer lo que les viniera en gusto. ¡Y vaya si sabían los dos hacer cosas! Pasaban el día en el campo, o navegando por el lago alejándose de Cleveland o iban a bailar, o… se quedaban en casa, que era, a fin de cuentas, lo más placentero.

«Vaya —pensó Debbie—, ¡me gustaría que Frank estuviese aquí ahora! ¡Me gustaría tanto…!

Se incorporó un poco, todavía de lado para mirar la hora en el reloj luminoso que había sobre la mesita de nuche de Frank. ¡Oh, ciclos, las tres de la mañana, y él todavía sin regresar…!

Era inevitable que Debbie sintiera angustia cuando Frank se retrasaba tanto. De cuando en cuando, un policía caía en el cumplimiento de su deber…, y Frank era eso: un policía. Por lo tanto, no estaba exento de ese riesgo que…

Medio incorporada de lado. Debbie notó de pronto el soplo de aire en su desnuda espalda.

Se volvió hacia el otro lado, de modo que pudo ver la ventana, las cortinas se movían suavemente, impulsadas por una fresca brisa que llegaba del lago.

El pensamiento se concretó en la mente de Debbie:

«Juraría que dejé la ventana casi cerrada…»

Se sentó de pronto en la cama.

Y entonces lo vio.

Frente a ella, a los pies de la cama, prácticamente en el centro del dormitorio.

Vio al vampiro.

Vio al ser de elevada estatura, cuyo rostro, blanquísimo, destacaba en la penumbra de la habitación. Y vio el gesto con el que aquel ser alzó su larga capa blanca, y oyó:

—¡Auuggfff! ¡Soy Drácula! ¡He venido a chuparte la sangre!

El grito de espanto de Debbie se transformó en uno de sorpresa, e inmediatamente, de ira:

—¡Frank! —gritó—. ¡Me has asustado!

—No soy Frank… —dijo el ser—. ¡Soy el Conde Drácula, y he venido a morderte y a chuparle!

Con gran aleteo de su blanca capa, el Conde Drácula se acercó a la cama por el lado de Debbie, se inclinó sobre esta, y le lanzó un mordisco al cuello. Debbie lanzó un grito, empujó al Conde Drácula, y giró velozmente hacia el otro lado de la cama.

—¡Eres un bruto! —chilló—. ¡Vaya susto me has dado con tu estúpida broma!

Encendió la luz de la mesita de noche de él, y entonces pudo verlo perfectamente, de pie al otro lado de la cama, haciendo ondear la capa…, es decir, la toalla del baño.

—¡Auuuggff! —Insistió el vampiro—. ¡Te voy a chupar y a comer toda!

—¡No vas a chuparme nada! ¡Oh, cretino, me has dado el susto más grande de mi vida!

—¡Tu sangre alimentará mi cuerpo muerto!

—¡Frank! ¡Voy a enfadarme!

El «vampiro» dejó de aletear con su «capa»

—Bueno, mujer, no te enfades —dijo el teniente de Homicidios Frank Marlowe, dejando caer la toalla—: sólo ha sido una broma.

—¡Es una broma idiota! ¡Y son las tres de la mañana! ¿Cómo se te ha ocurrido despertarme de un modo tan horrible?

—Bueno, es que… Streight me ha regalado dos entradas para ir mañana al cine, a ver esa película de Travolta en la que hace de vampiro, o algo así, y… ¿De verdad te has asustado?

—¡Es una pregunta tonta! ¡Oh, Dios mío!

Debbie se sentó en el borde de la cama, y escondió el rostro entre las manos. Frank rodeó la cama, y fue a sentarse a su lado, abrazándola por la cintura.

—Debbie.

—¡No me toques!

—Tienes razón, ha sido una broma idiota. Es que, además de tener dos entradas gratis para el cine, resulta que tengo tres días seguidos de fiesta. Como me dijiste que querías ir a Niágara, yo me sentía contento al poderte complacer por fin, y…

—¡Oh. Frank! —Lo miró ella, relucientes los ojos—. ¡Tres días! ¡No puedo creerlo!

—Tres días.

—¿Seguidos?

—Uno tras otro. Y me dije, mientras venía hacia aquí: si despierto a Debbie para decirle que después de terminar un trabajo en el que he tenido un buen éxito tengo tres días seguidos de fiesta, se va a poner contenta…

—¡Contenta! ¡Pero si no me lo creo!

—Cosas del oficio —sonrió Frank Marlowe.

—Esto… ¡esto es maravilloso. Frank, podríamos… podríamos…

—Ir a Niágara —terminó él.

—Oh, bueno, sí… Pero no ahora, ¿verdad?

—Claro que no —se sorprendió Marlowe—. ¿Cómo se te ha ocurrido esa tontería?

—Es que —dijo ella, echándose hacia el centro de la cama y tirando suavemente de él— precisamente hace un momento estaba pensando en lo que me gustaría que estuvieses aquí.

—Pues estoy aquí —susurró Frank, acercando su boca a la de su esposa…

Frank Marlowe abrió los ojos, y enseguida parpadeó y comenzó a refunfuñar. En la ventana se veía el resplandor del sol…, y el teléfono estaba sonando. Vio a Debbie tendida desnuda a su lado, y el recuerdo de la magnífica batalla librada horas antes le hizo sonreír. Deslizó una mano por la fina espalda de Debbie, que murmuró:

—Primero contesta el teléfono, mi vida.

Mascullando de nuevo, Marlowe descolgó el auricular.

—¿Sí? —gruñó.

—¿…?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—¿…?

Frank Marlowe lanzó una exclamación. Luego, ladró:

—¡Muy gracioso, muy gracioso, so cabrito! ¡Vete a que te den…! ¡Al demonio!

—¡…!

—¡Pues si está hablando en serio, le voy a contestar en serio! ¡Inviértalos en Bonos de la Casa Blanca, imbécil!

Colgó de un manotazo, quedó enfurruñado unos segundos, y acabó por volverse hacia Debbie, que se había colocado de lado en la cama y lo miraba expectante.

—¿Quién era, Frank?

—Algún cabronazo que ha querido gastarme una broma.

—¿Qué broma?

—¡Mal rayo lo parta…! Va el tipo y me dice; señor Marlowe, soy Richard Longfellow, director del «Ohio Bank», su Banco, señor Marlowe… Me atrevo a sugerirle que hagamos una buena inversión de su ingreso del día de ayer por setenta y cuatro millones seiscientos mil dólares»…

—¡Frank! —Abrió mucho los ojos Debbie—. ¿De dónde has sacado ese dinero?

Marlowe abrió la boca en un gesto furioso, pero naturalmente, captó el tono humorístico en su esposa, y, de pronto, se echaron a reír los dos.

—¡Somos ricos! —Vociferó Marlowe—. ¿Qué tal si lo celebramos?

—Es lo que iba a sugerirte —le tendió los brazos Debbie.

Se habían duchado ya, y estaban desayunando, cuando el teléfono volvió a sonar. Era casi mediodía, de modo que el «desayuno» era copioso en tal medida que, por supuesto, absorbía el almuerzo.

—¿Sí? —masculló Frank, temiendo que la broma continuase.

—¿…?

—Sí, soy el teniente Marlowe.. ¿Quién llama?

—¿…?

—Escuche, amigo, estoy hasta aquí de bromas idiotas, de modo que déjeme en paz, o se va a complicar la vida. Ni tengo setenta y cinco millones de dólares, ni quiero ser capitán. ¿De acuerdo, mastuerzo?

—¡…!

—Sí, hombre, le escucho dos minutos más, claro que sí… ¡Pero si le localizo le voy a partir la cara!

—…

—¿Qué? —respingó Marlowe.

—¿Qué pasa? —Se acercó Debbie—. ¿Qué te ha dicho ahora?

Frank Marlowe hizo señas a su esposa para que permaneciera en silencio. Debbie se dio perfecta cuenta de que Frank había palidecido…

—Sí… Sí, sí… ¡Escuche, si esto…!

—¡…!

—De acuerdo, de acuerdo… No, no tomo nota, no hace falta. Usted dígame dónde es, y yo lo recordaré, no se preocupe. ¿Dónde?

—…

—Si… Bueno, más o menos. Eso está a unas treinta millas de aquí hacia el Sur… Lo encontraré. Sí, sí, más abajo de Akron, ya sé.

—¿…?

—Bueno, son treinta millas por lo menos… Pongamos una hora, para no quedar mal. Pero mire, voy a insistir en el sentido de que si esto es una broma…

—…

—De acuerdo. Tardaré una hora.

Colgó el auricular.

—Frank, ¿qué pasa?

—Debbie… Debbie, no sé si es una tomadura de pelo, pero si no lo es… ¡Si no lo es, voy a conseguir el grado de capitán en Homicidios! Querida, tienes que comprenderlo, perdóname si…

—Tienes que irte —murmuró Debbie.

—Bueno…

—Supongo —sonrió Debbie— que los dos saldremos ganando si consigues ese ascenso. ¿Vendrás a cenar?

—Querida: te adoro… ¡Pero ahora tengo que irme!

Una hora más tarde, el teniente de Homicidios Frank Marlowe entraba con su vetusto automóvil particular en la magnífica quinta rodeada de verjas, abiertas en la entrada. Por entre pinos y arbustos de flores, vio la hermosa casa, y condujo despaciosamente hacia ella. Hacia un día hermoso, resplandeciente. Por entre las copas de los pinos se veía el azul intenso del cielo.

Cuando se detuvo ante la amplia escalinata de la casa, y apagó el motor, se dio cuenta de cuán denso era el silencio en aquel lugar aislado. El propietario de aquella quinta debía ser un hombre muy rico, y había conseguido allí un buen lugar donde alejarse del mundanal mido…

Frank se apeó, y subió la escalinata. La puerta de la casa estaba abierta.

—¿No hay nadie? —alzó la voz, que pareció retumbar por toda la casa.

—Venga al salón, teniente —le llegó la voz.

Se orientó, y tras cruzar el vestíbulo entró en el salón.

Cuando vio el cuadro que se ofrecía ante sus ojos, el teniente Marlowe palideció intensamente, y sintió un súbito vacío en el estómago.

—Siéntese, teniente, y se lo explicaré todo.

Frank Marlowe volvió la cabeza hacia donde había sonado la misma voz de antes.

Y cuando vio al ser que la había emitido, el valiente teniente de Homicidios estuvo a punto de desmayarse.

—Siéntese, siéntese, teniente, por favor.

Como en sueños, Frank Marlowe fue a ocupar un sillón, procurando no mirar a los lados. Sólo veía a aquel ser, y oía su voz, como un rumor de fuego, comenzando una explicación que muy pronto puso los pelos de punta a Frank Marlowe…

Capítulo I

PERKINS estaba leyendo una revista, sentado en una de las cómodas butacas del espacioso vestíbulo de la casa, cuando oyó la llegada de un automóvil. O le pareció oírlo. Ladeó la cabeza, escuchó más atentamente…

Si, llegaba un coche.

Dejó la revista sobre la mesita donde estaba el cenicero en el que humeaba su cigarrillo, se colocó éste entre los labios, y fue a abrir la puerta de la casa, asegurándose con un maquinal toque del codo izquierdo de que la pistola estaba bajo su axila. Claro que estaba. Siempre estaba.

Abrió la puerta, y enseguida vio el coche, que se detenía en aquel momento frente a la escalinata de la lujosa casa. Dejó de oírse el leve zumbido del motor. Para entonces, Perkins ya estaba sorprendido y un tanto alerta; estaba viendo el lado derecho del coche recién llegado, es decir, que veía el asiento contiguo al del conductor…, y Talbott no ocupaba aquel asiento, como era su obligación.

¿Quizás era Talbott el que conducía el coche y había dejado al propietario de éste esperando en la entrada a la quinta, junto a las verjas? Esto no tenía sentido.

Como tampoco tenía sentido que del coche se apease una mujer sola. No porque fuese una mujer, desde luego, sino porque las órdenes eran tajantes: nadie debía acercarse a la casa sin llegar acompañado del vigilante de las verjas, en las cuales, en aquel momento, tenía turno Talbott, del mismo modo que Walton vigilaba en la parte de atrás del gran jardín con bosque que rodeaba la quinta, y él, Perkins, vigilaba directamente dentro de la casa.

Y ahora que pensaba: no sólo debía llegar Talbott con la mujer, sino que, antes de acercarse a la casa con ella, o con cualquier visitante, debía avisar de esta circunstancia por el teléfono interior, desde la caseta que había junto a las verjas de la entrada.

Y Talbott no había avisado. Ni llegaba con la mujer.

Esta había pasado por delante del coche, y caminaba hacia la escalinata.

Perkins pudo verla bien, muy bien. Tenía un cuerpo precioso. Precioso, precioso, precioso. Vestía pantalones negros, de los llamados de «piel de

melocotón», o algo así. Una chaqueta de la misma tela y color. Bajo ésta, abierta, se veían las magníficas formas de los senos, no demasiado grandes; simplemente, perfectos, elegantemente modelados por el jersey de color rojo de cuello alto… Rojo casi como los cabellos de la mujer, que a la luz del sol formaban una resplandeciente aureola alrededor del rostro. Un rostro que no gustó a Perkins. No porque fuera desagradable. Al contrario, las facciones eran bellas, correctas…, pero como talladas en piedra, inexpresivas totalmente. Si a esto se unía que la pelirroja llevaba unas gatas de cristales oscuros que impedían ver sus ojos, la imagen resultaba incluso inquietante.

Sí, inquietante. Cuando menos, Perkins tuvo, de pronto, una extraña sensación de inseguridad, incluso de peligro; una gran inquietud que le hizo fruncir el ceño. Y aún lo frunció más pensando en cómo había podido llegar hasta allí aquella mujer, sin la compañía de Talbott. La casa estaba en el centro de un bosquecillo rodeado de verjas de hierro con puntas de lanza, y bien vigilada.

La pelirroja se detuvo al pie de la escalinata, se suponía que mirando a Perkins, aunque éste no podía estar seguro de ello. El sol se reflejaba en los oscuros cristales de las gafas.

—¿Será tan amable de entrar en la casa para anunciar mi visita? —pidió la inquietante pelirroja.

Perkins parpadeó.

—¿Quién es usted? —masculló—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Pareció que una seca sonrisa se deslizase brevemente por los labios de la pelirroja.

—He llegado en coche. Y mi nombre es Pearl Wood. Y ahora, si me hace el favor, anúncieme.

Perkins dirigió una mirada de desconfianza el bolso de color rojo que colgaba del brazo izquierdo de la pelirroja. Rojo y negro: los colores a los que se podía ganar y perder.

—No tan deprisa, señora —gruñó Perkins—. Antes que nada, tendrá que entregarme su bolso. Y luego, llamaremos a la caceta de la entrada, para que Talbott me explique por qué la ha dejado llegar sola hasta aquí… ¡No dé un paso más!

La pelirroja había subido la corta escalinata, y se detuvo en seco cuando, al tiempo que daba su orden, Perkins sacaba la pistola y la apuntaba firmemente al centro del pecho.

—No se ponga nervioso —dijo fríamente—. En su trabajo hay que saber afrontar las situaciones con serenidad. Por otra parte, si quisiera perjudicarle,

ya podría haberlo hecho. De modo que guarde esa pistola y déjese de tonterías. ¿Okay?

—Deje el bolso en el suelo —replicó no menos fríamente Perkins—. Luego, ponga las manos sobre su cabeza, y entre en la casa caminando muy despacio. ¿Okay?

De nuevo una sonrisa inquietante pasó por los labios de la pelirroja. Tras un gesto como de conformidad o resignación ante los caprichos de un niño, dejó el bolso en el suelo, puso las manos sobre sus rojos cabellos, y, siguiendo las indicaciones de la pistola de Perkins, caminó hacia la puerta.

Entró en la casa, y tras ella, lo hizo Perkins, siempre apuntándola.

—¡Ernest! —llamó.

De momento pareció que no fuese a obtener respuesta. Pero a los pocos segundos, un hombre de unos sesenta años, de cabellos atractivamente blancos, apareció por el fondo del vestíbulo, por un lado de la amplia escalinata que conducía a los dormitorios del piso de arriba. El hombre vestía de oscuro, y llevaba un revelador chaleco listado: el mayordomo.

—Diga, señor Perkins —murmuró Ernest, mirando con claro recelo a la pelirroja.

Por un instante, sólo por un instante. Perkins señaló hacia el teléfono que había sobre la mesita donde estaba el cenicero y la revista. Solo un instante.

—Llame a Ta…

La pelirroja dio un velocísimo paso hacia Perkins, pero no de frente, sino girando, de modo que cuando soltó el patadón estaba de espaldas al hombre armado. Fue una «coz» tremenda, que acertó a Perkins de lleno en los testículos, con tal contundencia que lo hizo sallar, lanzando un berrido de dolor. Cayó sentado, llevándose la mano izquierda al lugar golpeado, y orientando la derecha, con la pistola, en busca de la pelirroja. Esta apareció frente a él, agarró con su mano izquierda la derecha de Perkins, y la apartó, desviando la línea de tiro; al mismo tiempo, su rodilla derecha hacía crujir la barbilla de Perkins con el seco y fortísimo impacto. Perkins puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás, sin sentido, dejando la pistola en manos de la pelirroja, que se volvió rápidamente hacia el petrificado mayordomo.

—Ernest, he dejado mi bolso fuera ¿Quiere hacer el favor de traérmelo?

—Yo… Pues…

—Por favor.

—Sí… —tragó saliva Ernest—. Si, enseguida.

Salió en busca del bolso. Cuando regresó y lo tendió a la pelirroja, ésta lo tomó, musitando un «gracias», y metió dentro la pistola de Perkins. Ernest

habría dado cualquier cosa por ver los ojos de la pelirroja, pero era imposible conseguirlo, debido al denso tono oscuro de los cristales. De todos modos, era evidente que ella le estaba mirando cuando pidió:

—¿Quiere anunciarme a los caballeros que están reunidos hablando de… negocios?

—¿A… a quién anuncio?

—Pearl Wood. Supongo que sabe conducir. Ernest.

—Oh, sí, naturalmente.

—Espléndido. Cuando me haya anunciado, sea tan amable de retirar mi coche de delante de la casa. ¿Cabrá en el garaje?

—Bueno, es que está lleno. El señor Lasnier tiene visitas, así que..

—Es cierto. Bueno, al menos retírelo de delante de la casa. ¿Cuento con ello?

—Si… por supuesto, sí.

—¿Recuerda su nombre, Ernest?

—Señorita Wood. Pearl Wood.

—Eso es. ¿Y bien?

Ernest señaló una doble puerta que había a la derecha del vestíbulo, y se dirigió hacia ella, seguido tranquilamente por la pelirroja.

—De todos modos —decía en aquel momento Thomas Religan—, yo creo que la situación es favorable a nuestros intereses.

—Eso siempre —tuvo que aceptar George Chapman— pero hay que tener en cuenta las dificultades. No las que existen, y que por supuesto vamos controlando satisfactoriamente, sino las que pueden surgir capaces de sorprendernos.

—Eso es muy poco probable, George —intervino Alvin Harvey—. Todos nuestros intereses están montados sobre la base de otros intereses, ajenos a nosotros directamente, pero en los que podemos tener plena confianza. Ninguna de las personas implicadas en todo esto va a ser tan estúpida como para…

Alvin Harvey dejó de hablar al oír la llamada a la puerta, y miro hacia ésta. Todos hicieron lo mismo, los seis: Arthur Graham, Morley Walker. George Chapman Thomas Relligan, Alvin Harvey, y el propietario de la lujosa quinta oculta entre pinabetos, muy cerca de los Partage Lakes, al Sur de la localidad de Akron, en el Estado de Ohio, Oliver Lasnier. Este había sabido escoger el lugar para una residencia solitaria, tranquila, rodeada no sólo por el

bosquecillo que limitaban las verjas de hierro, sino también por otro mucho más extenso y que formaba parte de un parque estatal.

—Sí —autorizó Oliver Lasnier.

Una de las hojas de la puerta se abrió, y apareció el impecable Ernest, anunciando:

—La señorita Wood, señor.

—¿Quién?

—La señorita Wood. Pearl Wood, señor.

—¿Dónde está Perkins?

—La señorita Wood lo ha dejado fuera de combate de un par de golpes, señor. Ella tiene ahora la pistola de Perkins, y me atrevo a indicar que me parece muy capaz de usarla.

El desconcierto había cundido en el grupo. El menos impresionado, al parecer, era Alvin Harvey, el de más edad: debía tener unos sesenta y cinco años. Le seguía en edad Oliver Lasnier, unos cincuenta y dos o cincuenta y cuatro. A muy poca distancia, Arthur Graham, que frisaba en los cincuenta. Los otros tres. Walker, Chapman y Relligan tenía poco más de cuarenta. Todos elegantes, de aspecto inteligente, bien cuidados, serenos, seguros de sí mismos…, fríos.

—Pero ¿quién es esa seño…? —empezó Lasnier.

—Ya basta de tonterías —dijo Pearl, apareciendo por un lado de Ernest, apartándolo—: soy Pearl Wood, y he venido a hablar con ustedes seis. Puede retirarse, Ernest.

El mayordomo miró a Lasnier, que tras fruncir el ceño, asintió con un gesto, de modo que el hombre pudo retirarse, con visible gesto de alivio. La puerta se cerró. Los seis hombres miraban a la pelirroja de cuerpo espléndido, facciones inescrutables… y ojos invisibles.

—¿De qué ha venido usted a hablar con nosotros? —preguntó reposadamente Alvin Harvey.

—De negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Tengo uno muy bueno que ofrecerles: la supervivencia de ustedes.

—¿Cómo dice? —masculló Relligan.

—He dicho la supervivencia de ustedes. Eso quiere decir que a menos que lleguemos a un acuerdo los seis morirán.

—Oiga, un moni…

—Pero no fácilmente, caballeros—añadió la pelirroja, sin hacer caso al intento de hablar de Chapman—: les auguro un doloroso y angustioso

porvenir si no acceden a afrontar con calma y con inteligencia la situación.

—¿De qué manicomio se ha escapado usted? —Farfulló Morley Walker —. ¡Está completamente loca! ¡Si pretende asustamos con tonterías…!

—Calma, calma —murmuró Harvey—. Veamos, señorita Wood: ¿quién es usted exactamente y qué es lo que quiere, también exactamente?

—Soy asesina profesional, señor Harvey, y, exactamente, estoy trabajando para una persona que ha contratado mis servicios. ¿Le satisface la respuesta?

Se notó en el ambiente como un repeluzno. Los seis hombres miraban fijamente los oscuros cristales que ocultaban los ojos de Pearl Wood. Hubo un par de suspiros. Luego, la voz de Harvey:

—¿Que persona la ha contratado a usted?

La pelirroja se sentó en un sillón, cerca de la mesita donde estaban las bebidas, y colocó el bolso sobro sus rodillas. Sacó de él un «walky-talky» de lo más corriente y vulgar, de los que pueden ser adquiridos en cualquier tienda por quince o veinte dólares. Alzó la antena.

—¿Jim? —llamó.

—Sí, dime.

—Todo está perfectamente controlado y encauzado aquí dentro. Dile al jefe que puede venir cuando quiera.

—Bien.

Pearl Wood bajó la antena, guardó el walky-talky, sacó cigarrillos, y encendió uno. Luego, miró hacia la mesa, elidió una de las botellas, y se llevó el gollete a la boca. Bebió directamente un trago de ginebra, chascó la lengua con evidente satisfacción, y tras otro corto trago volvió a dejarla sobre la mesa. Luego, se dedicó a fumar como si estuviese sola en el mundo.

Oliver Lasnier y sus amigos invitados cambiaron miradas que iban del desconcierto a la inquietud, pasando por la irritación. Pero ninguno de ellos quiso darle a la pelirroja el gusto de hacerle más preguntas. Un par de ellos se sirvieron un trago, otros dos encendieron sendos cigarrillos. Graham encendió un cigarro que debía valer alrededor de diez dólares…

Pasó un minuto.

Dos, tres, cuatro… Ocho minutos.

Tut-tut, se oyó dentro del bolso de Pearl Wood.

—¿Sí? —atendió ésta la llamada al «walky-talky».

—El jefe va para allá. ¿Hay rampa?

—Sí.

—Vale, entonces.

—Vale.

De nuevo guardó la pelirroja el «walky-talky». Se puso en pie, y, sin mirar a nadie, salió del salón, donde quedó como rey y señor un silencio absoluto…, hasta que, apenas hubo salido Pearl, entró Perkins, pálido d rostro, tenso el gesto, y su mirada fue directa al dueño de la casa.

—Señor Lasnier, he estado esperando afuera porque…

—Siéntese y permanezca callado —lo miró con fría cólera Oliver Lasnier —. Ya hablaremos de esto.

Perkins se sentó, y quedó sumido en sombrío silencio. Si ni siquiera querían escuchar sus explicaciones, allá ellos.

Un minuto más tarde, todos oyeron el rumor, que se iba acercando a la puerta. Oyeron como un par de leves chirridos… La puerta se abrió, y apareció la silla de ruedas, empujada por Pearl Wood.

En la silla de ruedas iba un hombre, vestido con un traje corriente.

Pero el hombre no era corriente.

Al menos, su cabeza.

Cuando vieron su cabeza, hubo como un respingo colectivo, como un tremendo sobresalto, y todos palidecieron intensamente.

Era sencillamente horroroso.

Capítulo II

LA cabeza del hombre que ocupaba el sillón de ruedas parecía talmente una bola de carne viva llena de cortes, costurones, grietas… Tenía sólo un ojo, verde; donde debía haber el otro sólo se veía como un pequeño cráter negro como lleno de diminutos pellizcos. Le faltaba parte de la nariz, la boca era un lívido costurón retorcido, no tenía cejas ni pestañas, y lo que quedaba de sus orejas estaban pegadas a los lados de la cabeza, como soldadas, formando feas protuberancias. Ni un solo cabello.

Horripilante.

—Por… mi madre… —jadeó Perkins.

El verde ojo del recién llegado pareció saltar hacia Perkins, clavarlo, atravesarlo. De su horrenda boca brotó una voz que parecía pasar por entre papeles de lija:

—¿Por qué ése está vivo todavía, Pearl? —preguntó.

—Entiendo —dijo la pelirroja.

De su bolso sacó una pistola. No la de Perkins, sino otra, que iba provista de silenciador. Perkins quedó lívido, y se puso en pie con tenso salto.

—No —movió la cabeza—. ¡No, no!

Echó a correr hacia la puerta, de pronto, gritando. Pearl Wood giró levemente, lo dejó pasar, y cuando estaba saliendo alzó la pistola y disparó, como al descuido, sin apuntar.

Plop, plop.

Las dos balas alcanzaron a Perkins en la espalda, justo en la zona del corazón, perforándolo y empujando todo el cuerpo brutalmente fuera del salón, donde, mezclado con el grito de agonía de Perkins, se oyó el de espanto del mayordomo. Pearl fue a la puerta, la cerró tranquilamente, y se volvió.

—Así nadie le molestará, señor —dijo.

—Gracias, Pearl.

El ojo verde se fue desplazando, escrutando los seis lívidos rostros que tenía ante él. El miedo tenía paralizados a Lasnier y sus cinco invitados. La mirada del horripilante personaje quedó fija en el dueño de la casa.

—¿Cómo estás, Oliver? —Se interesó el hombre—. ¿Van bien todos nuestros negocios? ¿Alvin? ¿Arthur? ¿Cómo estáis todos?

Por encima de la inquietud, del temor, hubo asombro en los seis hombres, cuyas miradas escrutaron con más atención al visitante. Pero no parecían comprender. Hasta que Arthur Graham se acercó lentamente al monstruoso personaje, y se quedó mirando aquel ojo verde que le devolvía una cruel y sardónica mirada.

—No puede ser… —jadeó Graham—. ¿Grant? ¿Eres tú, Grant?

Los demás lanzaron exclamaciones de sobresalto, y miraron por un instante a Graham como si éste se hubiera vuelto loco. Pero el irascible Relligan se acercó también para mirar aquel ojo verde, y pudo identificarlo.

—¡Es él! —jadeó—. ¡Es Grant!

—¡Imposible! —Exclamó Alvin Harvey—. ¡Grant murió!

—¡Os digo que es Grant Blake!

—Desde luego que es él —pareció desfallecer la voz de Arthur Graham —. ¡Es Grant!

—No debo estar tan mal cuando mis amigos han podido reconocerme — una risa que parecía hecha de crepitar de fuego brotó del boquete que el monstruo tenía por boca—. ¡Quizá todavía quede en mí algo aprovechable!

Todavía hubo unos segundos de desconcierto; luego.

todos comenzaron a hablar a la vez, acercándose a Grant Blake…, o a lo que quedaba del llamado Grant Blake, que de pronto movió las manos pulcramente enguantadas, y ordenó:

—¡Silencio!

El silencio fue súbito, total. Apoyada ahora con un hombro en una esquina de la librería, Pearl Wood mostraba una prieta sonrisa en sus labios pintados de rojo intenso.

—Pero Grant, comprende…

—¡He dicho que silencio! —Aulló el monstruo—. ¡No quiero más expresiones de incredulidad, ni de sorpresa…! ¡Y todavía menos quiero oír ninguna mentira, ninguna palabra que exprese condolencia, o amistad, o comprensión…! Todos sabemos que si estoy así es por culpa de vosotros, de modo que nada de hipocresías. ¿Está claro?

—Grant, nosotros… —empezó Alvin Harvey.

—Alvin: si dices una sola mentira, Pearl te volará la cabeza a balazos. ¿Pearl?

La pistola con silenciador apareció en la encantadora, delicada, bien cuidada y manicurada mano de Pearl Wood.

—Yo estoy siempre a punto, señor Blake.

—Bien. Si señalo a alguno con el dedo, es que quiero que lo mate.

—Muy bien, señor.

—Y vosotros, sentaos y escuchad. No he venido a escucharos, sino a que me escuchéis a mí. ¡Sentaos!

Los seis hombres se sentaron. Grant Blake inclinó la cabeza, mostrando todo el desastre de su cráneo quemado. Estuvo así unos segundos, como meditando lo que debía decir. Y de pronto, alzando la cabeza, comenzó a hablar.

—A decir verdad, preferiría haber muerto en el accidente de helicóptero que vosotros preparasteis, pero hay que aceptar los hechos, y los hechos son que estoy vivo. No me alegro de ello, pero ya que así es, disfrutaré de mi vida. ¿Y sabéis cómo voy a disfrutar de mi vida?

Nadie contestó. El ojo verde se fue desplazando, mirando uno a uno a los seis impresionados personajes. Una risita crujiente brotó de la boca de Grant Blake.

—No, no lo sabéis… Ni tampoco podéis imaginarlo, aunque, eso sí, tenéis un lógico miedo a mi venganza. En estos momentos, estáis temiendo por vuestras vidas. Y tenéis motivos, por lo que hicisteis, por lo que hacíais, por lo que habéis seguido haciendo mientras yo he estado entre la vida y la muerte… Es lógico que temáis que mis pensamientos sean de venganza. Y así es.

—Grant, si quisieras…

—¿Escucharos? No, ya he dicho que no. Y si vuelves a hablar, George, te señalaré con el dedo. Aunque prefiero que todos estéis vivos y sanos… ¿Os sorprende? Si, os sorprende, porque vosotros planeasteis mi asesinato cuando, finalmente, me negué a seguir con el «negocio». Me pareció excesivo… Nuestro grupo estaba dirigiendo un escuadrón de asesinos que eliminaban personas molestas: maridos, esposas, suegros, suegras, cuñados, rivales en los negocios o en el amor Bueno, siempre han habido sociedades de esa clase, dedicadas a asesinar por encargo. No éramos ángeles, pero tampoco peores que otros…, hasta que decidisteis aceptar también lo de los niños. A mí, eso me pareció ya demasiado, y así os lo dije: asesinar niños tullidos, mongólicos, deformes, poliomielíticos y con otras incapacidades que a veces nos brinda la Naturaleza; me pareció demasiado. No sólo por mí mismo, sino por lo que ello significaba: aceptar encargos de gente capaz de ordenar el asesinato de sus propios hijos porque no eran normales. Esto me pareció tan espantoso, que me negué. Os dije que nuestra sociedad de crímenes por encargo ya hacía

«suficiente»… En el fondo, pensaba que quizás esos pobres niños minusválidos en varios aspectos, estarían mejor muertos que vivos. Pero pensé en sus padres, y en mí… ¿Cómo era posible que yo escuchase a alguien que venía a proponerme y a pagarme el asesinato de su hijo? Por el cielo, Alvin, Oliver…, ¿cómo podíamos escuchar a esas personas? Así que me negué a que nuestra sociedad funcionase también en esos trabajos, pese a saber que teníamos personal «capacitado» incluso para matar niños… ¡No pude soportar esa idea! Y pensando en ello fue cuando, para mi sorpresa, me fui dando cuenta de las otras cosas que ya estaba haciendo, y que consistía en «dirigir», junto con vosotros, un negocio de asesinatos por encargo, y otras actividades no mucho mejores que el asesinato. ¿Qué os dije entonces? Os dije, simplemente, que quería dejarlo, pero que permanecía en silencio si desistíais de la parte del «negocio» dedicada a los niños enfermos. ¿No fue eso lo que os dije, Alvin?

—Sí, pero cuando…

—Eso os dije. Y vuestra respuesta fue preparar mi eliminación. Y lo hicisteis. De modo que una tarde, cuando volaba en mi helicóptero en compañía de Roger, mi piloto, en dirección a Chicago, el helicóptero estalló. No quiero entrar en detalles, ya que os debe bastar verme para comprender que me salvé…, gracias a Roger, que, tan quemado y destrozado como yo mismo, murió a los pocos días de haberme llevado a nado hasta la costa y ser recogidos por un par de muchachos que estaban pescando en la orilla del lago Erie… No, no quiero aburriros con esos detalles. Estoy aquí, y eso es lo que importa. Estoy aquí, pero no solo y vencido, sino acompañado por gente que me respalda, como Pearl, Jim, Joe, y otros muchos… Claro, trabajan para mí por dinero, pero eso es normal, y por suerte, no es dinero lo que me falta. Yo tenía mis propias pillerías, y puedo pagar espléndidamente a quienes me ayuden en mi venganza. Y me están ayudando Hemos eliminado a vuestros vigilantes de la quinta: al de la puerta, al de la parte de atrás del bosquecillo, Pearl acaba de matar al de dentro de la casa… Tenemos la línea telefónica bajo nuestro control, es decir, que sólo si yo quiero podréis llamar al exterior y/o recibir llamadas… Mis hombres rodean la quinta, tienen bloqueados los accesos y salidas… En pocas palabras: estáis aquí prisioneros, a mi completa disposición, a mi merced. ¿Está esto bien entendido? ¿Sí?

Lasnier y sus amigos cambiaron miradas. Algunos tragaron saliva, otros se limitaron a parpadear.

—Ya veo que está todo entendido —asintió Grant Blake con su crujiente voz—. Claro, se os puede ocurrir la brillante idea de matarnos a Pearl y a mí,

pero eso sería un error que pagaríais muy caro… He sabido que tu madre está muy bien pese a su edad. Oliver.

—Sí, ella… está muy bien, sí.

—¿Cuántos años ha cumplido ya?

—Setenta y seis.

—Setenta y seis años —Blake movió la cabeza, al parecer con gesto admirativo—. Vaya, son bastantes años ya, de modo que uno puede morirse con cierta resignación. A los setenta y seis años, la vida ya nos ha ofrecido mucho, ¿no te parece? ¡Qué diferencia entre tu madre y tu esposa, que la pobre murió a los cuarenta años, dejando dos preciosas niñas de…! Bueno, no recuerdo su edad entonces, pero sí que eran unas niñas preciosas, y que se llamaban Esther y Lucille, ¿Me he equivocado?

—No… No.

—¿Cuántos años tienen ahora Esther y Lucille?

—Esther va a cumplir veinte, y Lucille diecisiete.

—Y viven en tu casa, naturalmente, con tu madre… Quiero decir en tu casa de Cleveland, no en ésta.

—Sí… Vivimos… todos juntos allí, claro.

—Claro, Oliver. Se me ocurre una cosa: ¿por qué no llamas a tu casa de Cleveland, para saludar a tu madre en mi nombre? Puedes decirle que no morí en aquel accidente, y que sigo dispuesto a. disfrutar de mi vida. Anda. Oliver, llama a tu madre, y salúdala de mi parte. Oh, y a tus hijas, claro.

La palidez de Oliver Lasnier era cadavérica, pero no mucho más acentuada que la de Graham. Harvey, Relligan, Walker y Chapman, que contemplaban con ojos desorbitados a Grant Blake… Lasnier miró hacia el teléfono, y de nuevo a Blake.

—Ando, hombre —instó éste—. Llama.

—Si la línea está… está cortada.

—¡Tienes razón! Pearl llamará y ordenará que efectúen la conexión para esta llamada, no te preocupes… ¿Pearl?

—Sí, señor.

Pearl Wood utilizó de nuevo el «walky-talky» para dar las órdenes oportunas, y luego volvió a su postura, a su fría indiferencia ante lo que allí estaba ocurriendo.

—Llama. Oliver —señaló Blake el teléfono.

La mano de Oliver Lasnier temblaba mientras marcaba el número combinado para conseguir comunicación automática con su casa en Cleveland, a poco más de treinta millas de allí. Oyó el repicar del teléfono

mientras en su frente aparecían unas gotitas de sudor. Casi gritó cuando, al otro lado, atendieron la llamada.

—¿Diga? —oyó una voz de hombre, desconocida.

—Perdone, debo… debo haberme equivocado de núm…

—¿Señor Lasnier? —inquirió el otro.

—Sí… Sí, sí.

—No se ha equivocado usted, señor Lasnier. Estoy en su casa. Estaba conversando con su madre, que es una dama encantadora: apenas le he dicho que mi amigo y yo éramos amigos de usted se ha apresurado a atendemos exquisitamente. Y he querido corresponder contestando yo al teléfono, a fin de evitarle molestias… ¿Quería usted hablar con su madre, quizá?

—Sí… Yo… Sí, sí.

—¿No? ¿Sólo quería decirle que no se preocupe por su ausencia, que quizá tardará unos días en volver a casa? No se preocupe, señor Lasnier, le daré el recado a su madre: Es más, ella me está oyendo, así que ya está enterada… También están aquí sus hijas, señor Lasnier, conversando con mi amigo. ¡Son muy simpáticas! Y muy bonitas.

—Escuche —jadeó Lasnier—: como ustedes se atrevan a…

—De acuerdo, señor Lasnier. No se preocupe. Todo está bien aquí, por ahora. Y no se dé prisa en volver: podemos esperarle el tiempo que haga falla. Adiós… Adiós, señor Lasnier.

Clic.

Oliver Lasnier miró el auricular, como si no creyera que aquel «clic» había significado el final de la conversación. Pero tuvo que convencerse de que su interlocutor había colgado, así que lo hizo a su vez, lentamente.

De pronto, miró a Grant Blake.

—Grant, si a mi madre o a mis hijas les ocurre algo…

—¿Qué? —pareció graznar Blake.

—No sé… ¡Pero no me provoques, o…!

—¿Provocarte? —Pareció sorprenderse Blake—. ¡Qué manera tan curiosa tienes de definir la situación…! Yo diría que he hecho algo más que provocarte: te he hecho comprender claramente que a la menor dificultad que tú me busques aquí a mí, tu madre y tus hijas pagarán las consecuencias. Y no quieras saber cómo, Oliver.

—¿Qué quieres decir? —palideció aún más Lasnier.

Blake movió con gesto ambiguo una de sus enguantadas manos.

—Todos vosotros sois demasiado «inteligentes» para que sea necesario explicaros detalladamente las cosas, así que me ahorraré esa molestia. Yo

creo que la situación está bastante clara para todos, ¿no?

—¿Quieres decir —murmuró Alvin Harvey— que las familias de todos nosotros están en la misma situación que la de Oliver?

—Aproximadamente. ¿Quieres comprobarlo, Alvin? Tienes mi autorización para llamar a tu casa, desde luego. Sé que todavía viven contigo tu hija y tus nietos, después del accidente que dejó viuda a tu hija. Por cierto, ¿no piensa volver a casarse? Claro que con dos hijos.. Bueno, no importa. Estoy seguro de que encontraría marido en cuanto quisiera, porque ella es muy bonita, y tus dos nietos son encantadores. ¿Quieres llamar, Alvin? ¿O tú, Arthur? Vamos, vamos, estamos entre amigos ¡Pedidme lo que queráis!

—¿Qué es lo que pretendes? —inquirió Harvey, con voz quebrada.

—Tan sólo disfrutar de mi vida… de la vida que me habéis dejado. ¿No quieres llamar?

—Sí… Sí quiero llamar.

—Pues hazlo, hombre, hazlo. Nadie se opone. Pero será mejor que antes Pearl avise al encargado de controlar este teléfono que permita también esta llamada. Pearl, por favor.

—Sí, señor Blake.

La pelirroja se hizo cargo del teléfono, dio las instrucciones pertinentes, y luego tendió el auricular a Harvey, que durante unos segundos estuvo mirando como fascinado la bella mano de la asesina profesional.

De pronto, suspiró, lomó el auricular, y procedió a marcar el número…

Cuando, tres minutos después, colgó el auricular, estaba lívido. Miró a Grant Blake.

—Parece que lo has previsto todo —murmuró.

—Espero que sí —asintió Blake.

—Todo, no —dijo Thomas Redigan, bruscamente—. No debes haber previsto que yo voy a marcharme de aquí ahora mismo, Grant. Y en cuanto a esos hombres que, según parece, deben estar, custodiando a mi madre y a mi esposa, yo sabré tratarlos como se merecen. Ya volveremos a vernos.

Se dirigió hacia la puerta del salón. Pearl sacó la pistola con silenciador, y le apuntó al pecho. Lo hizo con un gesto experto, seguro, y con la misma indiferencia que si estuviese dispuesta a hacer prácticas de tiro con una diana.

—No, no, Pearl —movió de nuevo Blake una mano—. Deje que Thomas salga. Siempre fue muy impetuoso, y para detenerlo habría que matarlo, realmente. Lo que, por ahora, no es mi intención. Déjelo salir.

—Muy bien —asintió Pearl, guardando la pistola.

Relligan miró a uno y a otra, y continuó su marcha hacia la puerta.

—Thomas —muí muró Graham.

—¿Sí?

—Será mejor que no salgas. Conocemos bien a Grant… Es mejor que no salgas, créeme.

—Tonterías.

Y Thomas Relligan salió del salón.

Capítulo III

SEGUNDOS después, tras pasar junto al cadáver de Perkins, que Ernest no se había atrevido a tocar, Relligan salía de la casa. Afuera, en el jardín, lodo estaba normal, tranquilo. No se veía a nadie en parte alguna, pero Relligan sabía que en cualquiera de los pinabetos podía haber encaramado un hombre con un rifle, que no tendría la menor dificultad en meterle una bala en la cabeza. Sin embargo, recordó que Grant Blake había dicho que no tenía intención de matarlo, de modo que bajó la escalinata y se dirigió, con pasos tensos, hacia el garaje, cuya puerta estaba cerrada; a un lado vio un automóvil que no conocía, y supuso que era el de Blake… No, porque éste no podía conducir, según parecía. Debía ser de la pelirroja…

Llegó a la amplia puerta del garaje, y pulsó el botón que había a un lado. Se oyó el chasquido eléctrico, y la puerta comenzó a alzarse, doblándose por la mitad.

Relligan dio un paso hacia el interior del garaje.

Entonces, del interior brotó la delgada y rugiente lengua de fuego.

La sorpresa lúe tal, y el chorro de fuego llegó tan cerca de él, que Thomas Relligan terminó su salto hacia atrás cayendo sentado al suelo. Se quedó allí, demudado el rostro, mirando el nuevo chorro de fuego que llegó a menos de un metro de su rostro. Paralizado por el espanto. Relligan miró al hombre que salía del garaje, con el tubo lanzallamas en las manos, y el equipo bien colocado en su espalda. El hombre vestía un "mono" azul claro, de claras reminiscencias militares, al menos en cuanto a la forma. Una gorra, también de corle militar, cubría sus rubios cabellos.

—Será mejor que vuelva a la cusa, señor —dijo amablemente el hombre del lanzallamas—. Tenemos orden de avisar dos veces, y a la tercera disparar en serio. No me gusta el olor a carne quemada, señor, pero…

Todavía lardó Relligan algunos segundos en reaccionar. Por fin, se puso en pie, y emprendió lentamente el regreso hacia la casa. Junto a uno de los pinabetos vio a otro hombre, de pie, apoyado de codos en la boca de un rifle de alta precisión: es decir, en el grueso tubo silenciador que había en la boca del rifle. También este hombre vestía un «mono» azul.

Cuando Relligan apareció en el salón, el verde ojo de Grant Blake se posó en él, maligno, perverso.

—¿Ya de vuelta, Tom? —se interesó amablemente—. ¿Has cambiado de idea?

—Sí.

—Es un placer tenerte de nuevo con nosotros… ¿Verdad, amigos?

Nadie pareció escuchar a Blake Todas las miradas estaban tijas en Relligan, que se estaba sirviendo una buena dosis de whisky.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chapman.

—Hay un hombre con un lanzallamas en el garaje. Y he visto a otro, en la linde del bosquecillo, con un rifle de alta precisión… Supongo que debe haber más.

Hubo un breve silencio, durante el cual lodos miraron a Relligan mientras bebía, percatándose del visible temblor de la mano que sostenía el vaso.

—¿Nadie más quiere salir? —Preguntó de pronto Blake—. ¿Nadie más quiere llamar por teléfono? ¿No quieres llamar a tu madre, Arthur? ¿O tú a tu esposa y a tu hijo, Morley? George: ¿no quieres saber cómo están tu esposa, tu hijo y tu hija? ¿Ninguna llamada? ¿Ninguna salida?

—Grant —insistió Harvey—: ¿qué es lo que quieres?

—De momento, un whisky…, si eres tan amable de servírmelo. ¿Qué es lo que quiero? Ya os lo he dicho: disfrutar de mi vida… Para empezar, va bien un whisky. Y luego, está la venganza… ¿No es algo maravilloso la venganza? Dicen que es placer de dioses… Y quizá sea cierto. Aunque yo no soy un dios. Ni siquiera lo parezco. ¿O si lo parezco, Alvin?

Este tendió el vaso con whisky a Blake, el cual bebió un corto trago. Chascó la lengua, con evidente placer.

—Sí, señor, pese a todo, siempre quedan placeres en la vida. Muchos placeres. Siéntale, Alvin. Sentaros lodos.

Fue obedecido. Y luego, durante un par de minutos, rodeado de un denso y tenso silencio, Grant Blake se dedicó a ir degustando plácidamente el whisky.

De pronto, dijo:

—Quiero vuestro dinero. TODO vuestro dinero. Todavía lo voy a decir más claro: quiero dejaros arruinados completamente. No sé si me he explicado lo bastante claro para vosotros.

—Yo diría que sí —murmuró Lasnier—. Pero para dejarnos arruinados completamente tendríamos que convertir en efectivo algunas propiedades, valores mobiliarios… Eso no se hace tan fácilmente, Grant.

—Iremos primero a por el dinero en efectivo. Y mañana por la mañana vendrá un notario que estudiará las demás cuestiones. Bien, si estáis de acuerdo podéis empezar a firmar cheques.

—No he traído mi talonario —masculló Relligan.

—Vamos, Tom… ¡Estás en Estados Unidos, hombre! Oliver puede dejarte su talonario, y tú rellenar debidamente los cheques que haga falla para los Bancos donde tienes distribuida tu fortuna. Es cómodo y legal, este sistema. ¿Se te ocurre alguna tontería más?

—No.

—Entonces, comenzad a extender cheques. Y no pretendáis engañarme, pues sé con bastante aproximación cuánto dinero tenéis cada uno de vosotros. ¿Qué estáis esperando? Oliver, ¿verdad que no tienes inconveniente en prestar tu talonario a nuestros amigos?

—No —musitó Lasnier.

—Pues adelante. Ah, una cosa: extendedlos a nombre de Frank Marlowe.

—¿Por qué? ¿Quién es ése?

—Ese soy yo. Es mi nuevo nombre. De modo que extendedlos como os he dicho. Los ingresaré en mi cuenta nueva… para lo cual, naturalmente, mañana a primera hora todos vosotros llamaréis a vuestros Bancos, ordenando que cuando lleguen esos cheques sean pagados sin rechistar. ¿De acuerdo?

—Grant, si sólo se trata de dinero podemos…

—Extended esos cheques al nombre que os he dicho.

—Está bien.

Se procedió a ello. Pearl permanecía inmóvil, mirando a unos y a otros. Grant Blake estaba silencioso, y bebía un sorbito de whisky de cuando en cuando. Sólo en tres o cuatro ocasiones se oyó el murmullo de alguna pregunta entre los seis desafortunados personajes. Y por fin, fue evidente que los seis habían terminado, porque se quedaron mirando a Blake. Este tardó unos segundos en darse cuenta de ello, y entonces, simplemente, miró a Pearl, la cual se puso en pie, fue recogiendo todos los cheques, y, ya todos juntos, fue a entregarlos a Blake, el cual movió negativamente la cabeza.

—Sume las cantidades y dígame el total, por favor.

Pearl Wood invirtió apenas un par de minutos en la suma. En ningún momento había habido cambios en su rostro, y los lentes oscuros continuaban ocultando los ojos.

—Setenta y cuatro millones seiscientos mil dólares, señor Blake —anunció el resultado de la suma.

—¿Nada más? Espero que no se haya equivocado.

—No.

—Bien, no es tanto como pensaba, pero supongo que habéis hecho importantes inversiones en estos meses que no hemos estado en contacto. De todos modos, como entrega inicial en efectivo, tampoco está demasiado mal…, aunque supongo que os habréis quedado "pequeñas" cantidades para vuestros gastos. No, no, no, nada de pequeños detalles, me conformo con eso, por ahora. ¿Puedo confiar en que por la mañana llamaréis a vuestros Bancos?

—Lo haremos —murmuró Harvey.

—Estupendo. Pearl saldrá con los cheques, para ir a ingresarlos a mi cuenta, ella sabe dónde. Y no habrá problemas. Soria diferente si esos cheques fuesen cobrables por cualquiera, pero sólo pueden ser ingresados en mi cuenta, de modo que no debemos temer que Pearl se escape con el dinero.

—Lo tienes todo muy bien pensado, ya se ve —dijo Graham.

—He tenido que hacerlo así, porque bien sé que todos tenemos nuestro precio. Incluso Pearl, supongo. Aunque no creo que ella tenga queja de mí. A cambio de ayudarme fielmente en el plan que durante varios meses he estado pensando, cada uno de ellos va a cobrar una cantidad que le permitirá… retirarse de los «negocios», si así lo desea. Aunque algunos prefieren seguir «trabajando», porque si no, se aburren. Creo que éste es el caso de Pearl… ¿No es cierto, Pearl?

—Sí, señor Blake.

—¿Cuántas personas ha matado?

—He perdido la cuenta.

—Más o menos… ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cien?

—Calculo que unas ciento cincuenta.

—Ciento cincuenta… ¡No está mal! Sí, eso es profesionalidad, desde luego. De todos modos, no creo que haya impresionado a mis amigos; ni tampoco a mí, claro. Ocurre que, aunque no hayan matado directamente a nadie, ellos han… realizado una escabechina mayor que la suya. ¿Cuántas personas cree que habrán muerto por su culpa?

—No sé… ¿Mil?

—¡Mil! —Rio de modo crepitante Blake—. ¡Pero si esa cantidad ya muere en una guerrita de nada! Más, muchas más. Claro que, eso sí, nunca se han manchado las manos de sangre, lo cual, ahora que lo pienso, no me parece justo. Yo creo que las personas que medran con la muerte deberían tener las manos manchadas de sangre, a fin de que todo el mundo supiera a qué atenerse con respecto a ellos… ¿No le parece una buena idea, Pearl?

—No demasiado, señor Blake. En ese caso, yo también llevaría las manos manchados de sangre.

—Ah, es cierto… ¡Es cierto! Bueno, pero no deja de ser una idea… Bien, ¿Qué hora es?

Pearl miró su relojito de pulsera.

—Las seis y veinte.

—Las seis y veinte… Se acerca la hora de la cena. Espero que rio te importe tener dos invitados más. Oliver.

—No… No. Avisaré a la cocinera para…

—Oh, no te molestes. Pearl lo hará, y de paso echará un vistazo por la cocina, a ver si hay algún plato especialmente exquisito para mí. ¿Todo el servicio que has hecho venir aquí consiste en Ernest y Edna, Oliver?

—Sí. Sólo pensábamos estar un par de días.

—Ya. Sí, recuerdo muy bien estas reuniones eventuales. ¡Y recuerdo que Edna cocina estupendamente! De modo que ya sabe. Pearl: si le interesa aprender alguna receta deliciosa…

—Me temo que la cocina no es mi fuerte, señor Blake. Y eso que siempre he puesto buena voluntad en aprender… Pero cada vez que he invitado a mis amigos he salido bien librada sólo gracias a su amabilidad. Cuando les digo que he cocinado yo, se llevan un buen susto, pero se resignan.

—¿Tiene usted buenos amigos?

—Lo son para mí. No sé qué les parecerían a usted o a sus amigos, señor Blake.

—Realmente curioso: una asesina profesional que tiene buenos amigos. Acérquese un momento, por favor, Pearl.

La pelirroja se acercó a la silla de ruedas, y se inclinó hacia el monstruoso personaje, que cuchicheó durante algunos segundos en su oído. Pearl asintió, y acto seguido, sin comentario alguno, abandonó el salón.

—Bien —dijo alegremente Grant Blake—. ¡Bien! Estoy seguro de que la cena será muy satisfactoria para todos. Y a decir verdad, yo ya empiezo a tener apetito. ¿Vosotros no?

Provisto de inmaculados guantes blancos, Ernest comenzó a servir la cena alrededor de las siete y media, cuando hacía ya unos minutos que había llegado la noche. El silencio era por demás notable en el salón comedor, y seis de los comensales no parecían tener apetito. En cambio, Pearl Wood y Grant Blake comieron tranquilamente, disfrutando del buen hacer culinario de

Edna, y de un par de botellas de champaña, bebida que parecía gustar de modo muy especial a la pelirroja, a juzgar por la frecuencia con que se servía, rechazando la ayuda de Ernest para este menester.

—Hacía mucho tiempo que no cenaba tan bien —admitió Grant Blake—, ¿Y usted, Pearl?

—Lo mismo. Y le aseguro que soy bastante exigente para la comida.

—Celebro que trabajar para mí le esté proporcionando satisfacciones. ¿Encargó el postre especial que le dije?

—Sí. Ernest ya puede servir el postre.

El mayordomo tragó saliva y salió del salón comedor. Regresó con una sopera, que dejó sobre la mesita auxiliar. Luego mientras Lasnier y sus cinco amigos miraban con contenida sorpresa la sopera, el mayordomo fue colocando platos ante ellos. No ante Blake y Pearl: sólo ante Lasnier y los otros cinco. Hecho esto, volvió ante la mesita auxiliar…, y tras mirar unos segundos la sopera, se volvió a mirar a Pearl, que le contemplaba atentamente. O eso parecía, ya que sus ojos seguían ocultos.

—¿Y bien, Ernest? —preguntó ella.

—Es que…

—Sirva el postre.

—Si —casi tartamudeó el hombre—. Si, enseguida.

Tomó la sopera con el cucharón dentro, y se acercó en primer lugar a Alvin Harvey. Sacó una cucharada, y vertió el líquido en el plato de Harvey, que respingó y palideció.

—¿Qué es esto? —jadeó.

—El postre —dijo Blake—. Muy rico, Alvin.

Harvey quedó silencioso, con la mirada fija en el rojo líquido que contenía el plato. El siguiente fue Lasnier, que palideció cuando el espeso líquido rojo fue servido en su plato.

—Parece sangre —musitó Morley Walker, sentado frente a él.

—Es sangre —dijo Blake—. Una especialidad de Pearl: la ha extraído del cuerpo de vuestro guardaespaldas Perkins, a fin de que yo tenga el gusto de obsequiaros. Un postre riquísimo.

—Estás loco —casi gritó Relligan—. ¡No pienso comer… beber esto!

—Ya contaba con eso —asintió plácidamente Blake— y la verdad es que habría sorprendido mucho que aceptaseis bebería. Por eso, me conformaré con que metáis las manos en el plato.

—¿Qué? —respingó Chapman.

—Creo que ha llegado el momento de que metáis las manos en sangre…, de que os manchéis las manos de sangre. ¡Siga sirviendo, Ernest! Y vosotros, ¡manchaos las manos de sangre!

—Estás realmente loco —jadeó Lasnier—. ¡Estás loco, Grant!

—¿Por qué? ¡Sois mucho más asesinos que la gente que ha estado matando para favorecer vuestros planes y vuestros intereses! Pearl dice que quizá ha matado ciento cincuenta personas. Es mucho…, pero bien poca cosa comparado con la sangre que se os puede apuntar en vuestra cuenta. De modo que ¡meted las manos en el plato!

—No lo haré —dijo firmemente Relligan—. Puedes hacer lo que quieras pero yo no meteré mis manos en este plato.

—¿No? Bien, discutiremos eso.

Blake hizo retroceder la silla de ruedas, en la que había permanecido en todo momento, haciendo girar las ruedas con sus enguantadas manos. Ya frenada de nuevo la silla, el monstruo sorprendió a los presentes al iniciar el gesto para ponerse en pie.

—Creí que no podías caminar —exclamó Graham.

El solitario ojo verde giró hacia él.

—Me gustaría saber —susurró Blake— a qué llamas tú caminar, Arthur.

De momento, ninguno comprendió estas palabras. Pero las tuvieron que comprender muy pronto, cuando Blake quedó ante su silla, encorvado de tal modo que casi formaba un ángulo recto; la posición de su cuerpo era casi la misma que cuando había estado sentado. Cuando dio un par de pasos, todos palidecieron, excepto Pearl, que bajó la cabeza, y al parecer, se quedó mirando su regazo, como si nada de lo que ocurría allí le importase, de pronto.

Grant Blake había caminado separando apenas las rodillas, con pasitos menudos, tambaleante; recordaba con su movimiento los pasos de baile del «twist», flexionadas las piernas, juntas las rodillas. A cada paso, parecía que fuese a girar para volver hacia atrás; era como caminar describiendo incompletos círculos.

De pronto, se detuvo, y forzó el cuello para alzar el rostro.

—Tengo la mitad de los muslos enganchados el uno al otro. Cosas del fuego… Se diría que mis muslos eran plomo, el fuego los fundió, y formó con ellos una sola pieza ¿No es interesante? Me refiero, claro está, al fuego que envolvió el helicóptero que vosotros ordenasteis preparar con una carga que explotase en pleno vuelo… ¿Lo recordáis?

Nadie contestó.

Todas las miradas estaban lijas en aquel desdichado desecho humano.

Y el desecho humano lúe caminando, como bailando grotescamente el «twist», hasta detenerse junto a Thomas Reliman, que volvió el rostro hacia él. Encorvado. Grant Blake tenía su rostro todavía a inferior altura del de Relligan, que permanecía sentado, tenso.

Forzando de nuevo el cuello. Blake alzó el rostro, y su ojo miró el de Relligan.

—De modo que tú no quieres manchar tus manos con sangre, ¿eh, Tom? —crepitó su voz.

Capítulo IV

RELLIGAN palideció, se pasó la lengua por los labios, y mantuvo su mirada fija en el ojo de Blake.

—No —susurró—. No quiero hacerlo.

Una de las enguantadas manos de Blake se desplazó hacia la mesa, y tomó un tenedor, que colocó ante el rostro de Relligan.

—Vaya, Tom, tú tienes dos ojos, y yo solamente uno… Eso no me parece justo. ¿Y a ti?

—Grant, todos sentimos… —empezó Lasnier.

—¡Cállate! Estoy hablando con Tom, no contigo. Ya te llegará el turno… Bien, Tom, ¿qué contestas ¿Te parece justo que tú tengas dos ojos y yo sólo uno? ¡Contesta!

—Son cosas que pasan —murmuró roncamente Relligan.

—¿Cosas que pasan? —Chirrió la voz de Blake—. De acuerdo, vamos a aceptarlo ahora. Son cosas que pasan… ¡Muy bien expresado! ¿Sabes qué va a pasar en este momento, Tom? Me parece que sí lo sabes… Lo estás adivinando: voy a pincharte un ojo con este tenedor, y de este modo, los dos estaremos igual en ese aspecto. ¿Qué te parece mi solución?

Hubo como una crispación en los ojos de Relligan. De pronto, agarró un cuchillo de sobre la mesa, y lo colocó entre él y Grant Blake.

—Si acercas ese tenedor a mi cara, te voy a matar, Grant —jadeó roncamente—. No me importará lo que hagas luego conmigo ¡Si intentas eso, te matare!

Grant Blake pareció quedar estupefacto un instante. Y de pronto, lanzó una horrible carcajada.

—¡Me matarás! —exclamó—. ¡Qué idea tan necia! Me parece que no has terminado de entender la situación, Tom. Desde el primer momento, está previsto que, en un arranque de locura producida por la ira o la desesperación, cualquiera de vosotros me mate. Si eso ocurre. Pearl saldrá de aquí, sin que podáis detenerla, puesto que ella tiene una pistola, y sabe usarla muy bien. Y en cuanto salga ella de aquí, avisará a mis hombres para que procedan a poner en marcha el plan de emergencia que significada mi muerte. Ese plan consiste

en… dedicarse a vuestras familias de modo poco agradable. ¡Pero si mi vida no vale nada. Tom! Lo que tenéis que pensar es que cualquier cosa que me ocurra a mi repercutirá de modo espantoso en vuestras madres, esposas, hijos ¡En eso lo que me protege, no la pistola de Pearl! ¿No lo entendéis? Vamos, Tom, atrévete… ¡Mátame. Tom!

Thomas Relligan, cuyo rostro estaba más blanco que el elegante mantel de la mesa, emitió un gemido, y dejó el cuchillo de nuevo sobre la mesa.

—¡Ah! —Exclamó Blake—. ¡He aquí un gesto lleno de amor! No lo habría imaginado nunca en ti, Tom de veras. ¿De modo que amas a los tuyos? ¿Sí? Muy bien, pues veamos cuánto los amas.. Voy a hacerte una oferta, voy a dejarte elegir: no te voy a pinchar un ojo a ti, sino que ordenaré que le pinchen los dos a tu mujer. Los dos ojos de ella a cambio de uno tuyo ¿Qué decides, Tom?

Relligan no contestó. Parecía al borde del desvanecimiento. En su frente habían aparecido unas gruesas gotas de sudor, y las palmas de sus manos estaban tan húmedas que tuvo que restregarlas contra su pantalón para intentar secarlas.

—Vamos, Tom… ¡Pero si es una decisión fácil! O un ojo tuyo o los dos de tu mujer. ¿Qué decides? ¿Te pincho un ojo a ti?

—No… ¡NOOOO…!

—¿No? Bueno, en ese caso, Pearl va a llamar para que mis hombres pinchen los ojos de tu mujer. Y como una mujer en esas condiciones ya no servirá de gran cosa, y viviría el resto de su vida amargada y triste, lo mejor que podrían hacer a continuación sería violarla y finalmente matarla… Aunque no. Les dejaré elegir el orden de sus actividades. ¡Tu mujer es tan bonita. Tom…! Creo que primero la violarán, luego le pincharán los ojos, y finalmente, la matarán… Sí, creo que lo harán así. A menos, claro está, que tú prefieras que te pinche un ojo a ti… ¿Lo pincho. Tom?

—No… No, no…

—Piensa en lo que obtendrás a. cambio: la supervivencia y la perfecta conservación física de tu linda esposa. ¿Te pincho un ojo. Tom?

—¡NO!

—¿No? Vaya, qué decepcionante es tu actitud. Primero pareces dispuesto a todo por tu familia, y luego te niegas a dejarte pinchar un solo ojo… ¿Y tú George? ¿Qué harías tú si estuvieras en lugar de Relligan?

George Chapman había palidecido súbitamente, y tuvo la tremenda sensación de que su cabeza describía un millón de vueltas en una millonésima

de segundo. Fue como un apagón de su cerebro, como un brevísimo cortocircuito en su mente.

—¿No contestas, George? ¡No creo haberos planteado un problema tan difícil! ¿Arthur? Tú sólo tienes a tu madre, pero me consta que la amas muchísimo… ¿Qué hacemos, Arthur? ¿Le cortamos las manos a tu madre o te pinchamos un ojo a ti?

—Estás loco —jadeó Lasnier; y de pronto gritó—. ¡Estás loco, Grant!

—Quizá sea cierto. Pero estoy disfrutando mi vida dentro de las posibilidades que me dejasteis. ¿Morley? ¿Qué dices tú? Dime qué prefieres: ¿te corto las orejas a ti o paso la orden de que se las corten a tu apuesto hijo, el jovencísimo Dick? ¿Qué hacemos, Morley? Oh, Alvin, tú también entras en el juego… Veamos, tú tienes a tu hija y ésta a su vez tiene a sus dos hijos, esos candorosos niños Un niño y una niña. Tus amados nietos… Dime, Alvin; ¿te pincho un ojo a ti o uno a cada uno de tus nietos?

Alvin Harvey, que miraba con expresión desorbitada al monstruo, lanzó de pronto un desgarrado grito, apoyó los codos en la mesa, y ocultó el rostro entre las manos. Su cuerpo se estremeció al impulso del violento sollozo siguiente.

Durante unos segundos, sólo se oyeron en el salón comedor los sollozos de Alvin Harvey.

Y luego, de pronto, otra vez la voz de Blake:

—No creo haberos puesto un problema tan difícil… Sólo tenéis que demostrar cuánto amáis a vuestras familias. Un ojo vuestro o un ojo de ellos. ¿Morley? ¿Te corto las orejas?

—¡No, maldito seas, no!

—Entonces, se las cortaré a tu hijo. ¿De acuerdo?

—¡No puedes hacer eso, maldito seas, no puedes!

—Claro que puedo. Y lo VOY a hacer si antes de diez segundos todos seguís negando vuestro sacrificio. Empezaremos por Alvin, que es el mayor de los presentes. Dime. Alvin: ¿te pincho a ti u ordenamos que pinchen a tus nietos? Tienes diez segundos para decidirte. Y lo mismo los demás. Uno… Dos…

Tres…

Cuatro…

Cinco..

Alvin Harvey estaba ahora llorando a lágrima viva, pero todavía en la misma postura, de modo que las lágrimas se deslizaban por entre sus dedos y caían en la mesa, junto al plato con una cucharada de sangre. La frente de

Relligan relucía de sudor. Lasnier estaba lívido, y tenía la mano derecha sobre el corazón… Pearl Wood continuaba mirando tercamente su regazo.

…y diez.

Nadie se movió, nadie dijo nada. Excepto Blake, que continuó, con su chirriante voz:

—Entendido: no aceptáis vuestro sacrificio. Lo queda una muestra clara de lo que sois. Pero no quiero terminar tan pronto la diversión. Os voy a dar todavía otra oportunidad: si metéis las manos en la sangre, olvidaremos el juego del sacrificio.

Alvin Harvey lanzó un chillido, se irguió, y metió impetuosamente las manos en el plato, provocando numerosas salpicaduras. El siguiente fue Morley Walker, al cual siguió, sin demasiados titubeos, Arthur Graham. Luego lo hizo Lasnier, y enseguida, Chapman El ojo de Grant Blake pareció clavarse en Thomas Relligan, que apretó los labios, cerró los ojos, y metió las manos en el plato.

Grant Blake suspiró, y emprendió el bailoteante regreso a su silla de ruedas. Se sentó, y fue mirando uno a uno, con su ojo destellante.

—Amigos míos, creo que prolongar esta velada no me proporcionaría ya más placer del que acabo de tener, así que me permito recomendaros que os retiréis a vuestras habitaciones. Solamente quiero haceros dos advertencias. Una: aquel que piense que de noche va a poder escapar, queda advertido que recibirá un balazo. Dos: espero que mañana temprano todos estéis puntualmente aquí, a las ocho de la mañana, para organizar las llamadas a vuestros Bancos. Buenas noches, amigos míos.

Se movieron todos a la vez, apartando las sillas, y salieron en silencio del salón comedor, dejando solos a Blake y a la pelirroja, que por fin alzó la cabeza.

—Ha sido un juego cruel —murmuró.

—¿Cruel? Yo diría que ha sido espeluznante. Pero con esto ha quedado demostrado bien claramente qué clase de gente está usted dispuesta a asesinar si es necesario. ¿No es cierto, señorita Wood? Ya sé que su… conciencia es grandiosamente amplia y elástica para estas cosas, pero dígame: ¿no le reconforta la idea de que si mata a cualquiera de esos cerdos su… pecado no será demasiado grande?

—He matado ya demasiadas veces para que me afecten sus palabras, Blake.

—Espléndido. ¿Un poco más de champaña?

Durante unos segundos, Pearl Wood estuvo mirando a Grant Blake, fijamente. De pronto, sonrió.

—¿Por qué no? —replicó—. El champaña no tiene la culpa de nada.

—Exacto. ¿Le molestará servirme a mí?

—De ninguna manera.

Pearl Wood se puso en pie, y tras escanciar champaña en la copa de Blake se la acercó. Cuando se hubo servido en la suya, miró de nuevo a Blake, que esperaba con la copa en alto.

—Salud —dijo Pearl.

—Pero sólo para nosotros. Brindemos también por lo que tenemos pensado hacer con ese montón de carroña que acaba de salir de aquí con las manos manchadas de sangre…

Pese a que se había lavado una y otra vez las manos con abundante jabón, Thomas Relligan continuaba teniendo la sensación pegajosa y caliente, y continuamente se miraba las manos. Ya no tenían sangre, pero él seguía notando aquel contacto asqueroso…

Grant Blake podía o no estar loco, pero la situación de un modo u otro, era terrible. Tanto que ni siquiera se habían molestado en cambiar impresiones al subir al piso destinado a dormitorios. Simplemente, cada uno se había metido en el suyo, para lavarse las manos. Y allá seguía cada cual, solo en su dormitorio, con sus pensamientos.

No podían hacer nada, y Relligan lo sabía. No podían salir de la casa, porque los matarían a balazos o con el lanzallamas. No podían llamar a nadie, porque la línea no funcionaba, su control estaba en poder de los hombres de Blake. Lo único que podían hacer era matar a Blake, pero las consecuencias que esto acarrearía eran terribles.

Ni siquiera pensaba en el dinero. Tanto él como los otros tenían tanto que las cantidades entregadas a Blake no les preocupaba demasiado. Habían ganado mucho, muchísimo dinero con sus actividades. No, no importaba el dinero. El problema era otro: ¿cómo escapar de aquella situación? Seguramente, Blake había contratado a veinte o más hombres. Sí, había podido hacerlo, pues conocía personal adecuado, y después de aquellos años ganando dinero con ellos era lógico que se hubiese preocupado de tener un rinconcito secreto con una buena cantidad. Había contratado a los hombres suficientes para cubrir toda la red de su plan. Y eran demasiados puntos a

proteger simultáneamente si por cualquier circunstancia decidían pasar al ataque: las familias de los seis estaban bajo control. ¡Maldito monstruo…!

¿Y Pearl Wood?

Quizá si contasen con ella pudiesen arreglar la situación. ¿Cuánto debía haberle pagado o prometido Blake? ¿Cien mil dólares? ¿Quinientos mil? ¿Un millón?

Todos tienen su precio… El propio Blake lo había dicho. ¿Cuál podía ser el precio de Pearl Wood?

Relligan, que estaba ya en pijama y sentado en el borde de la cama, se dejó caer en esta, y cerró los ojos. No para dormir, sino para pensar mejor. La solución podía estar en la asesina pelirroja, sí… Estaba claro que Blake confiaba plenamente en ella. Y eso estaba mal, muy mal: nunca se debe confiar plenamente en nadie. Absolutamente nunca, absolutamente en nadie…

Dando vueltas y vueltas a sus pensamientos. Thomas Relligan se quedó dormido, con un sueño inquieto, latiendo en el fondo de su mente la preocupación por lo que pudiese estar ocurriendo u ocurrir en el futuro en su casa, a su mujer y a su madre.

Había tres hombres en la casa de Thomas Relligan, sita en la elegante Avenida Jefferson. En la casa había también las dos sirvientas. Y por supuesto, Susan y Agatha Relligan, respectivamente esposa y madre de Thomas Relligan.

Hacía ya rato que habían terminado de cenar, y ahora tomaban café y licores en el salón. El servicio se había retirado ya. La madre de Thomas lomaba té. Susan, café, como los tres hombres, los «amigos» de Thomas, que se las habían arreglado para quedarse como invitados hasta que Thomas regresara.

Eran tres hombres altos y fuertes, jóvenes. Uno de ellos, tenía una fea cicatriz junio a un ojo. Lástima, pues de no haberla tenido habría resultado tan atractivo como los otros dos. La conversación entre los tres hombres y Susan y Agatha era amable, aunque un tanto forzada en ciertos momentos. Era natural que las dos mujeres no tuviesen grandes temas de conversación con tres hombres a los que habían conocido aquel mismo día..

—Bien —dijo Agatha—, creo que es hora ya de retirarse.

—¡Pero si apenas son las diez, señora Relligan! —exclamó uno de los hombres.

—Ya es tarde para mí —sonrió la dama, incorporándose en el sillón—. Naturalmente, ustedes pueden quedarse aquí abajo todo el tiempo que deseen. Sus habitaciones ya están preparadas, así que cuando quieran retirarse, lo encontrarán todo en orden.

—Es usted muy amable —sonrió uno de los sujetos.

—Yo también me retiro —dijo la bella, sugestiva, rubia Susan Relligan, espléndida a sus treinta y cinco años—. Seguramente, ustedes tendrán cosas de qué hablar.

Se acercó a su suegra, y las dos caminaron hacia la puerta del salón.

Uno de los hombres se colocó frente a ambas, sonriendo.

—¿Recuerdan ustedes que mi compañero estuvo fuera antes durante unos minutos? —preguntó.

Las dos mujeres miraron al hombre que, en efecto, poco antes había permanecido fuera del salón cinco o seis minutos.

—Claro —se desconcertó un poco Susan—. Fue a la cocina a buscar…

—No, no. No fue a buscar hielo para el whisky, señora Relligan. Es decir, si trajo hielo, pero, además, les cortó el cuello a sus dos criadas. ¿Verdad, tú?

—Si —rio el otro—, ¡Es verdad, tú!

Agatha y Susan miraron a uno y otro hombre sin comprender. Parecía que no habían entendido. El tercer sujeto emitió una risita aguda.

—No sé si no te han oído, o no te han creído, o no te han comprendido, tú —dijo.

El sujeto se pasó el dedo índice por el cuello, como cortando la garganta.

—Pues lo he dicho bien claro: ¡zzzzssss…!, que las dos criadas han sido degolladas.

Las dos mujeres palidecieron a la vez. De pronto, captaron el clarísimo cambio de actitud de los tres hombres. El que estaba frente a ellos, dijo:

—Les digo esto para que no se molesten en gritar, ya que nadie va a oírles dentro de la casa, y menos fuera. Es una casa muy grande, lujosa, bien insonorizada… ¿Me comprenden?

Susan movió negativamente la cabeza.

—No —tartamudeó—, N-n-no… no com-comprendemos… lo que… lo que…

El hombre alargó una mano, asió el borde del bonito vestido de Susan y dio un tirón fortísimo; tan fuerte, que arrancó el vestido casi completamente, rasgándolo como si hubiera sido de simple papel. Susan emitió un sobresaltado grito, y retrocedió vivamente, alzando las manos para sujetar los restos del vestido. Pero éste quedó en las manos del hombre, y la espléndida

rubia se encontró desnuda a excepción de las braguitas. Cruzó las manos sobre el pecho, intentando proteger, ocultar los senos. Sus ojos estaban desorbitados…

Agatha Relligan, que también había gritado, comenzó a temblar de pronto, pero se acercó al hombre que había arrancado el vestido a su nuera.

—¿Cómo… cómo se atreve…? —jadeó.

Los otros dos hombres saltaron hacia ella, y, con rapidez y feroces manotazos, arrancaron también toda la ropa que la mujer llevaba puesta. Absolutamente lodo, riendo mientras ella gritaba e intentaba escapar, protegerse… Susan se iba arrinconando, pálida como un cadáver. Sus ojos aún estaban más abiertos, aterrados…

—¡Pero que vieja más pelleja! —Exclamó uno de los agresores de Agatha —. ¡Mira, tú, todo son pellejos!

—Tienes razón, tú; la otra está mucho mejor.

—¡Wooahooo! ¡Ya lo creo! ¡Uf, qué asco de vieja, tú!

Soltaron a Agatha Relligan, que, chillando, fue a reunirse con su nuera en el rincón donde ésta parecía querer fundirse con las paredes. Los tres hombres se acercaron, y el que había ido a la cocina a buscar hielo para el whisky y a degollar a las dos criadas, abrió su chaqueta, y comenzó a sacar cuchillos de cocina, riendo.

—¡Tengo de todo! —aseguró—. ¡Con todo esto se pueden hacer verdaderas obras de arte! ¡A ver, tú rubia, ven aquí!

—No —gimió Susan—. No, no…

—¡Te digo que vengas!

—¡No!

—¡Ya lo creo que vas a venir! O eso, o vas pasarlo muy mal… ¿Te gustaría que te cortásemos las orejas, las manos, la lengua y la nariz., y te pinchásemos los ojos? ¿Te gustaría?

Susan Relligan rompió a llorar, y se abrazó a su suegra, que se aferraba a ella con desesperación. Era una imagen patética la de ambas mujeres desnudas y abrazadas. Sobre lodo, la de la anciana señora Relligan.

—¡Es lo que más me revienta de las mujeres! —Bufó el del surtido de cuchillos—. ¡Todo quieren arreglarlo llorando!

—Pues me parece que ésta no va poder arreglar nada —dijo otro de los «amigos» de Thomas Relligan.

—Seguro que no —dijo el tercero—. Tenemos que hacerle comprender que queremos divertirnos a toda costa, ver correr la sangre, meter las manos en ella… ¡Se me está ocurriendo algo! ¡En lugar de hacerle todo eso a la

rubia, se lo haremos a la vieja! ¡O mejor todavía, más divertido: que la rubia se lo haga a la vieja! ¿Qué os parece?

—¡Estupendo, tú!

—¡Fenomenal idea, tú!

—Me alegra que os divierta. A ver, rubia Ya me has oído: ¿qué prefieres? ¿Que nosotros te hagamos todo eso a ti, o hacérselo tú a la vieja?

—No, no —gimoteaba Susan—. ¡No!

—¿Eres tonta? ¿No comprendes que si tú le pinchas los ojos a la vieja nosotros ya nos daremos por divertidos, y así no te haremos lo mismo a ti? ¡Vamos, rubia, sólo se trata de elegir entre tus ojos o los de tu suegra!

Susan Relligan dejó de gimotear, y se quedó mirando fijamente al hombre. Miró a los otros dos, y de nuevo al que había hecho la clarísima oferta.

—¿No me pasará nada a mi si le hago todo eso a ella?

—¡Claro que no, rubia!

—Denme ese cuchillo.

—¡Susan! —Gritó con voz desgarrada Agatha—. ¡Susan, hija!

—¡No soy su hija! —Se revolvió Susan contra Agatha—. ¡Sólo soy su nuera, y mi vida vale más que la de usted! ¡Y ahora que tengo ocasión, le diré que siempre la he odiado! ¡La he odiado a usted, y al cabrón de su hijo, por obligarme a vivir con una momia semejante que se ha dedicado a amargarme la vida porque no he tenido hijos…! ¡Momia maldita y asquerosa…!

Susan agarró el cuchillo que le tendía el nombre, y se abalanzó contra. Agatha, blandiéndolo furiosamente.

El cuchillo era enorme, y al primer tajo ya cercenó la mano derecha de Agatha, que la había alzado, para protegerse el rostro. Susan lanzó un alarido como de desquiciada, y continuó utilizando ferozmente el cuchillo, lanzando golpes tremendos que ocasionaban auténticos surtidores de sangre. Saltó una oreja de Agatha, la otra mano, un ojo fue pinchado espantosamente…

Agatha emitió un último gemido, como un gorgorito, y cayó al suelo, convertida en un manchurrón de sangre. Susan se dispuso a abalanzarse contra ella para continuar su labor, pero dos de los hombres la sujetaron por los brazos, y el otro se apresuró a arrebatarle el ensangrentado cuchillo.

—Bueno, bueno, gatita, ya está bien.

—¡Dejadme! ¡Quiero hacerla pedazos! —Aullaba Susan—. ¡Quiero destrozarla, quiero…!

—Pero nosotros queremos otra cosa de ti.. ¿Comprendes? Y precisamente ahora estás en el momento propicio para nuestro modo de divertirnos. ¡Estás

tan exquisitamente excitada!

—¿Queréis violarme? —jadeó Susan.

—¡Exacto, encanto!

—¡Pues hacedlo! ¡Oh, sí, hacedlo los tres, ya!

—¡Vaya! ¿A qué va a resultar que te gusta?

—¡Sí! ¡Quiero que me violéis los tres, con toda vuestra furia, para luego decírselo al cabrón de mi marido, y ver cómo se retuerce de rabia! ¡Quiero que me hagáis todo lo que se os ocurra…! ¡Sí, lo deseo! ¿Qué estáis esperando?

Los tres hombres contemplaban a Susan con gesto decepcionado. Uno de ellos movió la cabeza.

—¿Sabes? ¡Nos has fastidiado la fiesta sexual!

—¡Pero si me estoy ofreciendo…!

—Ahí está la cuestión. A nosotros nos gusta violar, tener a la fuerza lo que queremos. Tal Como nos lo pones, no nos hace ni pizca de gracia. ¿Verdad, tú?

—Verdad, tú —asintieron a la vez los otros dos.

—Sin embargo —continuó el primero—, aunque nos has fastidiado la fiesta sexual, podemos tener otra clase de fiesta… Tienes unos pechos muy bonitos, rubia…

El hombre alargó una mano, agarró con fuerza el seno derecho de Susan, y pasó el cuchillo de arriba abajo, por la base, a ras de las costillas. Susan lanzó un alarido, y el hombre se quedó con el seno en la mano.

—Ya no es tan bonito —rio.

Y lo tiró hacia atrás, por encima de su hombro…

…Y el seno cayó sobre el rostro de Thomas Relligan, que lanzó un aullido y se sentó en la cama, manoteando.

De pronto, se encontró de nuevo en la realidad: sentado en la cama, manoteando, jadeando fuertemente, sudando a chorro, con los ojos desorbitados… Cerca de él, en alguna parte, se oían voces, y rumor de personas moviéndose, pero Relligan permaneció sentado en la cama, con la mirada fija en la pared de enfrente, desquiciada la expresión. Tenía tal cantidad de transpiración en todo el cuerpo que parecía que acababa de ducharse con el pijama puesto.

Cuando los otros comenzaron a entrar en el dormitorio, Thomas Relligan comenzó a temblar y a tartamudear. Estaba pálido como un cadáver, sudaba,

gemía…

—Tom —le sacudió Chapman por un brazo—, ¡Thomas!

—¿Qué te ocurre? —Casi gritó Lasnier—. ¡Tom, ¿qué te pasa?!

—No —jadeaba Relligan—. No, no, no, no, no… ¡NOOOOO!

—¿Qué ocurre aquí? —sonó la voz de Pearl en la puerta del dormitorio.

Se acercó al lecho mientras todos la miraban. Todos, excepto Relligan, que seguía negando una y otra vez:

—No, no, no, no, no…

Pearl, que al parecer había estado acostada vestida, tan sólo desprovista de la chaqueta, se colocó en primera fila, se quedó mirando a Relligan, que seguía diciendo «no, no, no», y de pronto, le propinó un tremendo bofetón. Relligan lanzó un aullido, se llevó las manos al rostro, y rompió a llorar estruendosamente.

—Pero…, ¿qué le pasa? —gritó Harvey.

—¿No lo habéis comprendido? —Sonó ahora en la puerta la voz de Grant Blake—. ¡Ha tenido una pesadilla, naturalmente! ¿Y sabéis por qué ha tenido una pesadilla?

Se habían vuelto todos a mirar a Blake, y el espanto los sobresaltó y atragantó a todos. Incluso Pearl Wood, que no había olvidado ponerse sus lentes oscuros, lanzó un alarido de horror al ver aquel cuerpo quemado, retorcido, espantosamente espeluznante. Blake estaba completamente desnudo, pero con los zapatos puestos apresuradamente. Su imagen era aterradora.

—¿Os habéis asustado? —emitió una risita crepitante—. Sí, es natural: ¡yo mismo me asusto de mí mismo! Pero, amigos, ¡ésta es vuestra obra!

Las piernas de Alvin Harvey se negaron a sostenerlo; cayó, se derrumbó en una butaca junto a la cama, donde Relligan se estremecía en violentos sollozos.

—¿Y sabéis por qué ha tenido una pesadilla? Pues porque tiene la conciencia tan sucia como todos vosotros…, que también las tendréis, podéis estar seguros. Y precisamente por deciros yo esto, aún es más seguro que cuando os durmáis, tendréis pesadillas parecidas a la de Thomas… ¡Qué curiosa es la mente! Es… como una cinta magnética, todo queda grabado en ella, todo está siempre ahí, a punto de manifestarse. ¿Nunca habéis comparado la mente con una cinta magnética, con una «cassette»? Pues sí, así es… Todo lo va grabando, incluso cosas a las que aparentemente, no prestamos atención. Y de pronto, ¡zas!, la grabación se pone en marcha… Thomas, amigo, ¿por qué no nos explicas lo que has soñado?

Thomas Relligan había dejado de gimotear, de sollozar, y ahora sus ojos parecían querer atravesar a Blake con rayos hechos de odio.

—Quitádmelo de delante —jadeó—. ¡Quitádmelo de delante, o no podré contenerme y lo echaré todo a rodar! ¡Quitadme de delante a ese bicho!

Grant Blake dio tres o cuatro pasos de «twist» acercándose a la cama.

—¿Yo soy un bicho? Está bien, Tom… Tienes razón. Ahora soy un bicho, pero no siempre fui así. Era más alto y fuerte que tú, más hermoso… Es verdad, ahora soy un bicho repugnante, pero vosotros sois algo peor que yo: ¡sois solamente carroña, y yo me encargaré de que os devoren los buitres! Os dejaré… os dejaré convertidos en sucia carroña, os serviré a los buitres que acudirán en cuanto sepan que la carroña está servida… ¡Hijos de puta, malditos, vais a llorar lágrimas de sangre antes de que quedéis servidos como carroña!

Y dicho esto, Grant Blake dio la vuelta, bamboleante, y se dirigió hacia la puerta.

Pearl Wood le siguió a los pocos segundos. Desde el umbral se volvió a mirar a los seis hombres.

—Será mejor que se calmen todos —murmuró—. En lo que a mí respecta, con matarlos tengo suficiente, pero no compliquen las cosas con Blake, créanme.

Y salió del dormitorio.

Capítulo V

LOS dos hombres habían atado de pies y manos a la madre de Arthur Graham, después de obligar a la anciana a cavar su propia losa en el jardín, quedando la pobre mujer tan agotada que no tuvo fuerzas ni para protestar cuando, ya bien atada, entre ambos hombres la tomaron en brazos y la colocaron dentro de la fosa.

Luego, cada uno de ellos empuñó una pala, y comenzó a echar tierra encima de la señora Graham, que, finalmente, pudo jadear, horrorizada:

—¿Qué… qué están haciendo…?

—Te vamos a enterrar viva, vieja borracha.

La señora Graham quiso protestar, quiso gritar, pero al abrir la boca una paletada de tierra cayó de lleno en ella, sofocándola. Tragó algo de tierra, y comenzó a toser. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y enseguida de tierra, al caer sobre el rostro otra paletada.

Ahogándose, la anciana consiguió gritar:

—¡No, por favor, no…!

—¡Calla, bruja borracha!

La pobre mujer comenzó a forcejear, por supuesto en vano, mientras sobré su rostro y cuerpo seguían cayendo paletadas de tierra, una tras otra, con crujiente sonido, hasta que la voz de la señora Graham quedó definitivamente ahogada…

Fue justo en ese momento cuando terminó la pesadilla de Arthur Graham, que se sentó de un salto en la cama, desorbitados los ojos, como si todavía estuviese contemplando las imágenes de la espantosa pesadilla.

—Oh, no —gimió.

Se dejó caer de nuevo en la cama, ahora mirando el techo, libres ya sus ojos y su mente de la pesadilla. En la ventana del dormitorio se veía el resplandor del sol. Ya era de día. Arthur Graham miró hacia la ventana, y se quedó absorto, todavía encogido por la angustia que acababa de pasar en sueños; angustia que, aunque ya muy atenuada, persistía; era como el poso de un lejano recuerdo real..

—Maldito seas —jadeó—. ¡Maldito seas!

Se sentó de nuevo en la cama, y miró su reloj. Eran las ocho y cuarto solamente. Pronto tendrían que empezar a llamar a los Bancos.

Estremeciéndose, recordó el horrendo cuerpo desnudo de Grant Blake, rematado por la no menos horrenda cabeza, y aquel ojo espantoso, ardiente, como fuego verde. Volvió a maldecirlo, y acto seguido se encontró reflexionando sobre la situación en que Blake los había colocado a todos. Sabía que Blake no se detendría cuando tuviese el dinero de ellos. Lo quería todo. Y cuando lo tuviese lodo, absolutamente todo, tampoco se detendría… Llevaría su venganza hasta el final, hasta el máximo limite. Un límite que hizo estremecerse a Arthur Graham.

Decidió ir a ver a Alvin Harvey a su habitación. Alvin era el mayor de todos, el que tenía más experiencia, y tácitamente, se había convertido en jefe del grupo, en director, especialmente cuando aparecían emergencias. Pues bien, aquello era una emergencia indudable.

Encontró a Alvin Harvey sentado en la butaca del dormitorio, pero no estaba solo. Thomas Relligan estaba allí, también en pijama, sentado en el borde de la cama. Los dos lo miraron, con leve gesto interrogante.

Graham se sentó en la cama, junto a Relligan.

—He tenido una pesadilla espantosa —murmuró.

—Y yo también —murmuró Harvey.

—Y yo, para evitarlo, he pasado el resto de la noche sin dormir —gruñó Relligan.

—Tenemos que hacer algo —Graham se pasó las manos por la cara—. Todos sabemos que Grant ya no se detendrá ante nada ni por nada. Alvin, tienes que encontrar una salida a esta situación.

—De eso estibamos hablando —asintió Harvey—. Thomas ha tenido una idea que puede dar resudado.

—¿Qué idea? —miró Graham vivamente a Relligan.

—Podemos intentar sobornar a la pelirroja —dijo Relligan—. No importa cuánto le haya ofrecido Grant: nosotros podemos ofrecerle mucho más. Una cosa es cierta, y el mismo Grant lo dijo: todos tenemos nuestro precio.

—Eso es cierto —admitió Graham—, pero ¿de qué nos serviría sobornar solamente a la pelirroja? Los hombres que…

—Creo que el punto de partida está en la pelirroja. Si ella acepta, poema acto seguido encargarse de sobornar a los hombres que están trabajando para Grant, de tal modo que finalmente llegaríamos a controlar la situación nosotros, y no Grant.

—La idea es buena, sí… ¿Cuánto vamos a ofrecerle?

—Lo que ella pida.

—Nuestro problema no es de dinero, Arthur —recordó Harvey.

—Todavía no —recordó a su vez Graham—, pero puede llegar a serlo si Grant continúa con sus planes. No es tonto. Y sería un gran error por nuestra parte engañarnos a nosotros mismos en ese sentido. Grant no tiene un pelo de tonto, y habrá previsto TODAS las soluciones que nosotros podamos tener a nuestro alcance. Incluso, naturalmente, la de que intentemos sobornar a la asesina, o a los tipos que hay ahí fuera.

Hubo unos segundos de sombrío silencio, hasta que Thomas Relligan masculló:

—Bunio, algo tenemos que intentar, ¿no?

—De acuerdo. Pero, volviendo a la pelirroja, ella se irá de aquí esta mañana en cuanto nosotros hayamos llamado a nuestros Bancos, para ingresar los cheques en la cuenta de Grant, esa que tiene a nombre de Frank Marlowe.

—Algo tenemos que hacer —insistió Relligan—. Y ahora será mejor que nos vistamos para reunimos abajo y obedecer las instrucciones de ese maldito monstruo…

Todavía no eran las diez de la mañana cuando ya todos habían desayunado, y la parte relativa a los Bancos estaba solucionada. Cada uno de los presionados había hecho las llamadas oportunas, de modo que todo estaba a punto.

—Va a ser un día muy movido para usted, Pearl —dijo Grant Blake, sentado en forma de cuatro en su silla de ruedas—. Espero que el helicóptero que alquilamos le ahorre mucho tiempo y molestias, de todos modos.

—Aun así —dijo Pearl— todo esto va a ocuparme prácticamente el resto del día.

—No tenemos prisa —deslizó suavemente Blake— Además, mientras usted se ocupa de eso, nosotros también vamos a estar muy ocupados. No creo que tarden mucho en llegar el notario y agente de transacciones… ¿Sorprendidos?

En efecto, todos miraban sorprendidos a Blake. Pero la sorpresa duró muy poco. Lasnier masculló:

—¿Pretendes que te traspasemos todo lo nuestro. Grant?

—Así es. Y naturalmente, de modo legal. Oliver, ya os lo dije: quiero lodo lo vuestro, quiero arruinaros.

—¿Y luego? —susurró Graham.

Blake eludió la respuesta, dirigiendo la mirada de su único ojo a la pelirroja.

—Ya puede marcharse, Pearl. El helicóptero debe estar esperándola en el lugar convenido. Y recuerde: no regrese directamente aquí con el helicóptero, sino que hágalo de nuevo con el coche… No quiero atraer la atención de nadie hacia esta casa.

—Está bien. Hasta luego.

—Hasta luego. Pearl. Ya sabe bien lo que tiene que hacer, pero si surgiese alguna contrariedad, o tuviera alguna duda, llámeme aquí.

—Sí, señor… Adiós.

Apenas hacía diez minutos que se había marchado la pelirroja cuando llegó el agente de transacciones, y, otros cinco o seis minutos más tarde, el notario, con un ayudante. Para entonces, Blake había advertido claramente a sus prisioneros los gravísimos inconvenientes que les acarrearían a sus familiares cualquier intento de pasarse de listos en el más pequeño detalle, y la conveniencia de obedecer dócilmente las instrucciones.

Hubo furtivos cambios de miradas entre los seis hombres. Estaban decididos a todo, partiendo de la base de sobornar a Pearl Wood, y tenían la esperanza de ganarla para su causa. Pero… ¿qué pasaría luego con su dinero, sus bienes, sus propiedades…? ¿Acaso sería posible recuperarlos, después de que todas las transacciones y supuestas ventas se hubiesen realizado legalmente?

De un modo u otro, ninguno de los seis encontró, por el momento, más solución que la de seguir las instrucciones de Grant Blake, y aceptar todo cuanto éste fue diciendo al notario y al agente de transacciones a lo largo del día.

Cuando, casi a las cinco de la tarde, los tres hombres se fueron con todas las documentaciones firmadas, los seis personajes estaban prácticamente arruinados.

Poco después de las seis de la tarde, regresó Pearl Wood, en su coche. Encontró a los siete hombres reunidos en el salón, tomando unos whisky es que Ernest servía.

—¡Ah, Pearl! —Exclamó alegremente Grant Blake al verla aparecer—. ¿Cómo ha ido eso?

—Muy bien, señor Blake. Todo perfecto. Pero la verdad —se dejó caer en un sillón—, vengo cansadísima.

—Sí, lo comprendo. Y sabré demostrarle mi agradecimiento.

—¿Ninguna dificultad? ¿Nada en absoluto?

—Ninguna dificultad…, salvo mi cansancio. Tengo aquí los resguardos de todos los ingresos —señaló su bolso.

—Espléndido. Por aquí también ha salido todo de maravilla. Está usted contemplando a uno de los hombres más ricos de América, Pearl.

—Me alegro por usted.

—Gracias, gracias… ¿Sabe, Pearl? He decidido doblarle la paga convenida. Lo está haciendo muy bien.

—Muy agradecida, señor Blake. Y ahora, si no tiene nada que encargarme, me gustaría darme un largo baño caliente, para relajarme.

—Ah, perfecto… Espero que a la hora de la cena esté usted descansada, y tan encantadora como siempre.

—Bueno, señor Blake, francamente, preferiría cenar cualquier cosa en mi habitación y…

—No, no, no ¡De ninguna manera! Tengo algo muy importante que decir durante la cena, y naturalmente, considero conveniente su presencia.

—¿De qué se trata?

—fes una pequeña sorpresa —chirrió la voz de Blake como en una risita.

Pearl Wood asintió, se puso en pie, sacó de su bolso los resguardos, que entregó a Grant Blake, y abandonó el salón.

Esta vez no hubo cucharadas de sangre como "postre". Ya finalizada la cena, que transcurrió en sombrío silencio salvo las jocosas intervenciones de Grant Blake, que parecía estar pasándolo magníficamente, el monstruoso personaje llamo la atención de todos golpeando con una cucharilla su copa de champaña.

—Caballeros, por favor…

Las miradas se volvieron hacia Blake, que alzo entonces la copa y bebió un sorbo. Acto seguido, mostró la copa vacía a Pearl, que comprendió, y le sirvió más champaña y se sirvió a sí misma. No parecía que Pearl Wood fuese a cansarse nunca de beber champaña…

—Bien —dijo reposadamente Blake—, yo diría que la cuestión económica ha quedado debidamente enfocada y prácticamente solucionada. Pero, claro, eso no es todo.

Lo miraban fijamente. Excepto. Pearl, que contemplaba el champaña que se había servido, y cuyo tono dorado parecía reflejarse en los oscuros cristales de sus lentes.

—¿Qué sigue ahora? —murmuró Lasnier.

—Ya no podemos darte nada mas —gruñó Relligan.

—¿Eso pensáis? Vamos, vamos, no podéis ser tan ingenuos… ¡Podéis darme todavía tantas cosas… Por ejemplo, a mí me falta un ojo, y todos vosotros tenéis dos. ¿Sería extraño que yo os pidiese uno de vuestros ojos? Claro que ninguno los tiene verdes, pero con tal de tener dos ojos, a mí lo mismo me daría que fuesen de colores diferentes. Todo lo que tendríamos que hacer es contratar a un cirujano especialista en trasplantes de ojos y cosas de esas, para que me pusiera a mí un ojo de uno de vosotros. Bien: ¿quién de entre tantos buenos amigos aquí reunidos me ofrece uno de sus ojos?

El silencio fue la respuesta.

Blake bebió otro sorbo de champaña.

—Me parece que no sois muy generosos, amigos míos. Miradme bien, contempladme a vuestras anchas, ved lo que hicisteis conmigo… ¿y ni siquiera sois capaces de compensarme con un sólo ojo de los vuestros? ¡Y yo que pensaba haberos pedido más cosas!

—No estás hablando en serio —masculló Harvey.

—¡Claro que estoy hablando en serio! Había pensado pediros, por ejemplo, vuestras cabelleras, para que me hicieran a mí los injertos necesarios de tal modo que pronto pudiese lucir de nuevo una hermosa cabellera. Había pensado pediros algunas vértebras de vuestras columnas a fin de que me hicieran injertos que enderezaran mi Cuerpo. Había pensado pediros vuestra carne, para hacerme operaciones de cirugía que me hicieran recuperar mi varonil belleza. Había pensado pediros vuestros testículos, pues los míos quedaron carbonizados. Había pensado pediros vuestras manos, pues las mías no están en demasiado buenas condiciones ¡Y nada me ofrecéis!

Se había quitado los guantes, dejando al descubierto lo que él había llamado sus «manos», y que eran sólo brillantes garras retorcidas. Y una de esas garras tomó de nuevo la copa de champaña, para llevarla a la horrenda boca.

—Nada me ofrecéis —murmuró, tras dejar la copa—. Ni siquiera un simple ojo. ¿O quizá he conseguido conmoveros y ahora alguno de vosotros va a mostrarse generoso y bondadoso? ¿No? ¿Ni un solo ojo para este pobre desdichado?

Silencio absoluto.

Todas las miradas estaban ahora enfocadas sobre la mesa, esquivas.

—De acuerdo —chirrió la voz de Blake—. Entonces, voy a pediros lo que desde el primer momento deseaba realmente: vuestras confesiones.

—¿Qué? —lo miró Morley Walker.

—Vuestras confesiones. Quiero que cada uno de vosotros escriba, de puño y letra, se entiende, no a máquina, la confesión de todas las cosas malas que habéis hecho en vuestra vida. Especialmente, las que ya sabéis. Podéis omitir la época en que, en el colegio, robabais caramelos a vuestros compañeros.

—Pero…

—Estoy seguro, Morley, de que todos vosotros erais, además, de esos que roban caramelos a los compañeros. ¿No es cierto?

—Grant, lo que estás pidiendo ahora… no es posible.

—¿De veras? ¿Qué tiene de imposible? Todo lo que tenéis que hacer es procuraros pape! y pluma, y empezar a escribir, relatando lodo lo malo, toda la basura de vuestras vidas. Detalle por detalle, sin omitir nada; y recordad que conozco bien toda esa parte de vuestras vidas, y que no podréis engañarme contando tonterías. Quiero la verdad absoluta, quiero que relatéis todas las canalladas y actos criminales directos e indirectos de vuestras vidas… Quiero un relato que ponga los pelos de punta a la gente de la calle… ¡Y a lo mejor vuestros escritos se convierten en «best-sellers»! Incluso es posible que os dieran el Premio Pulitzer. O sea, que os estoy proponiendo la fama, la gloria.

—Te estás burlando de nosotros —jadeó Chapman.

—Un poco. Pero quiero que escribáis eso. Todos. Y con todo detalle.

—Escribir eso sería tanto como meter la cabeza bajo el hacha del verdugo —jadeó Relligan.

—Eso ya no es cuenta mía. Bien, ésta era la sorpresa que os tenía reservada. Quiero esos relatos, y con todo detalle y lujo de explicaciones. Disponéis de toda la noche para escribirlos. ¿Alguna pregunta? Si no habéis entendido…

—Grant.

—¿Sí, Oliver?

—No lo haremos. Ninguno de nosotros escribirá eso. ¡Sería el fin de todo para nosotros, y para nuestras familias! Sería peor que la ruina en que nos has dejado ya, ¡sería el final definitivo!

—Ya he dicho que eso no es cuenta mía.

—No lo haremos —apoyó Relligan a Lasnier—. ¡Ninguno de nosotros lo hará!

—Te lo hemos dado todo… —casi chilló Graham—. ¿Por qué esto? ¿Qué ibas a ganar con ello?

—Disfrutar de mi vida.

—Pero es la ruina de nuestras familias, no sólo la nuestra. ¡Es peor que matarnos!

—Exactamente, Arthur. De uso se trata. ¿Qué es la vida? Un leve soplo en el tiempo inmutable. En realidad, no es nada. Un brazo sí es algo, porque cuando te falta, te das cuenta de ello, y sufres las consecuencias de su ausencia. Pero no te das cuenta de la ausencia de la vida, así que no sufres por ello. Sólo eres consciente de la vida cuando estás vivo. Cuando mueres, todo desaparece. No se sufre: simplemente, se está muerto… y hasta es posible que se esté mejor en la Otra Vida que en esta. Así que, ¿cómo iba a cometer la torpeza, la estupidez de mataros? No. Prefiero cortaros un brazo, o sacaros los ojos, o cortaros los órganos sexuales… ¡De eso sí os daríais cuenta, eso sí os haría sufrir! Del mismo modo, la ruina, el temor, la humillación, la vergüenza, la mortificación pública de vuestras familias, la cárcel, quizá la ejecución, sea un sufrimiento más lento, más prolongado… más satisfactorio… para mí. Por eso quiero que escribáis todas vuestras maldades, detalle por detalle.

—¿Para hacerlas públicas? —jadeó Walker.

—Por supuesto Si no fuese así…, ¿de qué habría servido vuestro trabajo de escribirlas?

—No lo haremos… ¡No lo haremos!

—Espero, Oliver, que ésa no sea una decisión en firme.

—¡Lo es! ¡No escribiremos nada!

—Si no fuese poique os supongo casi completamente arruinados, haríamos apuestas. Yo digo que sí vais a escribir esas historias de vuestras vidas. Y bien mirado, ni siquiera necesito apostar, puesto que todo lo tengo ya.

—Escucha, Grant, quizá pudiésemos arreglar…

—¡No quiero ningún arreglo! —Gritó súbitamente furioso Grant Blake, golpeando los brazos de su silla rodante—. ¡No quiero arreglos con vosotros, no quiero escucharos más, ni siquiera querré veros nunca más! ¡Sólo quiero vuestras confesiones totales, y las tendré! ¡Pearl!

—¿Sí, señor Blake? —alzo la cabeza la pelirroja.

—Sáqueme de aquí… ¡Sáqueme de este maldito lugar, no quiero pasar la noche rodeado de carroña! Me voy… Pero volveré mañana ¡Y mañana todos vosotros escribiréis lo que os he exigido!

Pearl Wood se acercó al artefacto móvil, lo apartó de la mesa, y lo empujó hacia la puerta.

Capítulo VI

CUANDO regresó al salón comedor el silencio era total, y las expresiones de los seis hombres no podía ser más sombrías. Pearl se acercó a la mesa, cogió la botella de champaña y su copa, y se encaminó de nuevo hacia la puerta…

—Señorita Wood.

La pelirroja se volvió.

—¿Si, señor Harvey?

—¿Se ha marchado Grant?

—Así es. Uno de mis compañeros se lo ha llevado en el coche. Pero no crean que esto les facilita a ustedes la fuga, porque…

—Siéntese, señorita Wood… Por favor.

Pearl vaciló un par de segundos. Luego, en silencio, fue a ocupar su sitio. Bebió un sorbo de champaña.

—¿Quiere quitarse esos lentes, por favor? —masculló Harvey.

—¿Por qué motivo?

—Prefiero verle los ojos mientras le hago nuestra oferta.

La cabeza de Pearl se ladeó. Se enderezó a los pocos segundos. Una de sus bellas manos se alzó, y retiró las gafas.. Hubo un leve movimiento como de sobresalto en los hombres que la miraban. Los ojos de Pearl Wood eran de un gris tan claro que parecían de agua. Un agua fría. Helada. Eran unos ojos grandes, impresionantes por su gelidez.

—¿Que oferta? —preguntó.

—¿Cuánto le paga Grant por ayudarle?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Mucho, señor Harvey.

—Sí, pero díganos…

—¿Qué importa eso? —Exclamó el impetuoso Relligan—. ¡No importa cuánto le pague él, nosotros le pagaremos el doble!

—Según entiendo, señor Relligan, no están ustedes en condiciones de hacer grandes ofertas de dinero —replicó Pearl.

—¿Acaso cree que verdaderamente se lo hemos dado todo a Grant Blake?

—¿No?

—¡Claro que no! Tenemos todavía dinero más que suficiente para doblar la oferta que él le haya hecho.

—¿Me darían dos millones de dólares?

—Sí. Trato hecho.

Los fríos, extraordinarios ojos de Pearl Wood, fueron desplazándose lentamente de uno a otro hombre. De pronto, una leve sonrisa pasó por los labios de la pelirroja.

—No he dicho que haya aceptado trato alguno, señor Relligan.

—Entiendo. Tres millones.

—¿Y por qué no seis? Uno cada uno de ustedes.

—De acuerdo. Seis millones.

—Fantástico Pearl lanzó una carcajada—. ¡De modo que han estado engañando a Blake!

—Naturalmente. Podemos extenderle a usted cheques por valor de seis millones de dólares. A cambio de ello..

—Señor Harvey, no se moleste. No acepto. Ni por seis millones, ni por sesenta millones, ni por seiscientos millones, ni por seis mil millones…

—¿Está loca? ¡Es absurda esa fidelidad a un monstruo enloquecido por el odio, por el deseo de venganza!

—Evidentemente, señor Harvey, usted no me considera demasiado lista. Y se está equivocando. No es fidelidad. Es sentido común. Prefiero un millón viva que seis millones muerta.

—¿Que quiere decir?

—¿Qué van a pedirme ustedes a cambio de ese dinero? No, no me lo digan. ¡Pero si ya lo sé…! Van a pedirme no sólo que salve sus vidas, sino las de sus madres, esposas, hijos… ¿No es así?

—Naturalmente, el trato…

—Es imposible. Se lo explicaré a ustedes… Tal como están organizadas las cosas por Blake, nada serviría de nada. Miren, yo podría, ciertamente, matar a Blake, y eliminar a los hombres que hay rodeando esta casa. Podría hacerlo fácilmente. Pero, en la casa de cada uno de ustedes hay más hombres, y esos hombres no obedecen más órdenes que las que imparte directamente Blake. Si yo matase a Blake y a los nombres que hay fuera de esta casa, no ganaríamos nada, porque en cuanto nos acercásemos a sus casas, comenzaría la matanza. Tampoco piensen en recurrir a la Policía o cualquier cosa parecida, ni a asesinos profesionales, ni a nadie. Esos hombres que están con sus familiares tienen órdenes de matarlos a todos en cuanto surja la más

pequeña dificultad o aparezca el más pequeño detalle no previsto, les haga desconfiar o no. Solamente Blake puede impedir esa matanza.

Durante unos segundos, todo fue silencio. Por fin, Harvey musitó:

—Con la ayuda de usted podríamos obligar a Grant a dar las órdenes para que esos hombres se retirasen de nuestras casas…

—¿Usted cree que Blake puede ser obligado, señor Harvey? Dígame cómo.

—Bueno… Si se pone usted de nuestra parte…

—No entienden nada de nada, de veras. A Blake no le importa morir, no le asusta el sufrimiento, todo le tiene sin cuidado. Sólo quiere venganza. ¿Creen que se iba a privar de ella por salvar su vida, que en nada aprecia salvo para vengarse?

—¡Tiene que existir una solución! —gritó Walker.

—Quizás exista. Y si la encuentran, no dejen de avisarme: ¡estaré encantada de ganar seis millones de dólares! Les aconsejo que no intenten escapar: sería una estupidez, ya saben. Buenas noches.

No quería dormir para no tener pesadillas, pero la imaginación también juega en estado de vigilia, y así, a ráfagas, Oliver Lasnier veía imágenes horribles: Grant Blake le amputaba un brazo, y se lo ponía él. O le arrancaba los órganos genitales, para ponérselos él. O le exigía que le entregase los ojos, los dos, porque había decidido quitarse el verde y ponerse dos del mismo color..

Pero había todavía cosas peores que los males que Lasnier veía abatirse sobre él. Estaba lo que podía ocurrirle a su familia, a su hija y a las dos hijas de ésta, Esther y Lucille. Cada vez que pensaba en las atrocidades que se le podían ocurrir a Grant Blake, Lasnier sentía como un pinchazo de frío en el corazón, que le ocasionaba un tremendo sobresalto. Y mientras tanto, allá en el fondo de su torturada mente, aparecían otras imágenes: las de tantas personas como habían muerto por culpa de él y sus compañeros. ¡Tantas y tantas personas…! Sólo que, claro, ninguna de esas personas, aunque fuesen miles, aunque fuesen millones (¡seguramente no habían sido tantas, qué barbaridad!), había sufrido. Simplemente, habían muerto.

Simplemente, habían muerto.

Simplemente, habían muerto.

Simplemente, habían muerto.

Curiosa expresión: simplemente, habían muerto. ¿Era simple morir? ¿Cómo saberlo, si él nunca había muerto? ¿Qué habían sentido los que habían

muerto por su culpa? ¿Qué sentirían sus nietas, por ejemplo, si las mataban los hombres de Grant Blake? Aunque, seguramente, no las matarían «simplemente», sino que las harían sufrir de un modo atroz… ¡Eran tan bonitas! Sin duda, primero las violarían brutalmente, y luego.

La puerta del dormitorio de Lasnier se abrió, y apareció Pearl Wood en el umbral. Se quedó mirando a Lasnier, que permanecía como petrificado en la butaca, muy abiertos los ojos, contemplando imágenes que sólo existían en su mente torturada. Estaba lívido, y su expresión era de hondo sufrimiento, de angustia…

—Señor Lasnier.

Oliver Lasnier respingó, y miró con los desorbitados ojos a Pearl. Enseguida, emitió un gemido, cerró los ojos, y se pasó una mano por la frente.

—¿Se encuentra mal?

Lasnier aspiró profundamente, pareció tranquilizarse.

—¿Qué quiere? —musitó.

—Quizá podamos hacerlo.

Lasnier todavía no comprendió.

—Hacer…, ¿qué?

—Resolver la situación de ustedes, y de sus familias.

—¿Se puede? —Lasnier lanzó una exclamación—. ¿Se puede?

—He dicho «quizá». Pero yo diría que hay muchas posibilidades, siempre contando con Blake. Si mi idea le parece descabellada, lo dejamos, y en paz. Pero si le parece factible, recuerde: son seis millones de dól…

—¡Olvide el dinero, lo tendrá! ¿Qué idea es ésa?

—Blake quiere que ustedes escriban una confesión de no sé qué cosas exactamente…, ¡ni me interesan! La idea consiste en que ustedes complazcan a Blake.

—Ya nos oyó decir que…

—Espere, señor Lasnier. Déjeme terminar. Veamos: ustedes escriben todo eso, pero, desde luego, la verdad, nada de intentar engañar a Blake, lo que por otra parte, según he entendido, no sería posible…

—No, no lo sería —murmuró Lasnier.

—Pues escriben la verdad. Todos. Cuando él regrese, yo le entrego los escritos de ustedes seis, lo que, supongo, lo pondrá muy contento. Ese será el momento en que yo jugaré mi carta. Le diré a Blake que puede sacar de esos escritos de ustedes mucho más partido del que él mismo piensa, gozar más de su venganza, divertirse más… Le propondré que, ames de hacer públicas las confesiones de ustedes, reúna aquí, en esta casa, o en otro lugar cualquiera, a

los familiares de ustedes seis, con el fin de leerles las confesiones de ustedes… ¿Saben sus familiares lo que ustedes han estado haciendo estos años?

—Claro que no —jadeó Lasnier.

—Estupendo. Puedo decirle a Blake que los reúna, que les lea sus confesiones/que los humille y los haga sufrir, que los torture con el conocimiento de lo que ustedes han hecho… Y cuando los tenga destrozados de amargura, de miedo, de vergüenza, de rabia, y les haya hecho escuchar por radio y televisión, y leído en la prensa, todo lo que ustedes habrán escrito, que proceda a quemarlos vivos…

—¡Está loca de…! —chilló aterrado Lasnier.

—No, no estoy loca. Es él quien está loco de odio. Yo, sencillamente, me gano la vida matando, pero no tengo ningún odio especial contra ustedes. El sí… ¿Cómo reaccionaría Blake si le propusiera que, para terminar con todos ustedes, los atase, y, ante sus ojos, quemase vivos a todos los miembros de su familia, tal como él estuvo a punto de morir en ese accidente de helicóptero…? ¿Cree que Blake aceptaría?

—Pero esto… esto es… ¡Claro que aceptaría! ¡Soy yo el que tiemblo ante esa espantosa idea de usted…!

—¿No lo entiendo, señor Lasnier? Para hacer todo eso, Blake tendría que reunir a las familias de ustedes en un solo lugar, su vigilancia se relajaría, sus hombres ya no tendrían órdenes de hacer una masacre inmediata…, incluso es posible que en ese momento sólo estuvieran con nosotros dos o tres de esos hombres. ¿Lo entiende?

—¿Quiere decir., que usted mataría a esos dos o tres hombres…?

—Quiero decir eso, y que tendríamos a sus lamillas con nosotros, a salvo de cualquier percance. Yo podría encargarme de su protección hasta que llegase gente que, contratada discretamente por mí, nos apoyase para resolver definitivamente la situación… Bien, es sólo una idea, claro, pero…

—Pero es buena… ¡Es buena!

—Señor Lasnier, yo no le garantizo…

—¿Qué podemos perder? Ese maldito debe estar planeando barbaridades con nosotros, y de un modo u otro, querrá vengarse, gozar al máximo con nuestro dolor… ¡De todos modos, no lo pasaríamos nada bien! ¡Y su idea ofrece una posibilidad!

—Me alegro de que le guste. En cuanto a mi dinero…

—¡Le digo que lo tendrá! Es más, se me ocurre que… una persona como usted podría sernos de gran utilidad en el futuro.

—Puro esos seis millones…

—¡Le estoy ofreciendo mucho más de seis millones, le estoy ofreciendo integrarse en una organización que…!

—Señor Lasnier, yo no haré nada si antes no tengo ese dinero, y espero que lo entienda. De modo que si quiere que sigamos adelante con esto, reúnan sus cheques. Cuando yo los tenga en mi poder, saldré a darles curso, y, al mismo tiempo, buscaré algunos amigos que Blake no conoce, para que nos ayuden. O eso, o nada.

—Venga conmigo —exclamó Lasnier—. Vamos a consultarlo con los demás, ¡pero estoy seguro de que todos aceptarán!

Aceptaron.

En pocos minutos, Pearl Wood se encontró con cheques que significaban un total de seis millones de dólares, y, al parecer muy satisfecha, regresó a su habitación, mientras los seis hombres se reunían en el salón y se disponían a pasar el resto de la todavía larga noche escribiendo las memorias de sus crímenes y canalladas.

Grant Blake regresó hacia las nueve de la mañana.

Para entonces, Lasnier y los otros cinco habían terminado sus «memorias», y descansaban todos en el salón, tomando café y fumando. Desde una ventana, Pearl Wood estuvo contemplando la llegada del monstruo, que se realizó en coche. Desde el coche, el hombre que lo había conducido ayudó a Blake a sentarse en la silla de ruedas, que había quedado la noche anterior junto a la escalinata. El hombre empujó la silla por la rampa auxiliar, y Pearl dejó de verlos a ambos. Luego, vio al nombre volver al coche, abrir el maletero, y sacar de éste un paquete de considerables dimensiones, pero que no parecía pesar demasiado. Cargando con el paquete, el hombre volvió a reunirse con Blake, de modo que Pearl dejó de nuevo de verlos a ambos.

Se volvió a mirar a los seis agotados personajes.

—Blake ha vuelto —murmuró.

La miraron, pero nadie dijo nada, nadie se movió. Bastaban aquellas miradas para expresar el gran cansancio, y todo cuanto los seis hombres esperaban de la asesina profesional.

A los pocos segundos se abrieron las puertas del salón, y apareció Blake, accionando manualmente las ruedas de su silla, pese a que ésta tenía un pequeño motor incorporado que podía ahorrarle toda molestia. Detrás de

Blake apareció el alto sujeto que le había servido de chófer, y que cargaba con el voluminoso paquete.

Blake señaló el suelo, cerca del sofá.

—Déjalo ahí —dijo.

El hombre obedeció. Cuando abandonó el salón, no había pronunciado una sola palabra.

Y el silencio persistió después de que el hombre se hubo marchado. Hasta que, de pronto, Blake emitió una risita.

—¡Parece que mi vuelta no es acogida con agrado…! ¿Algo va mal, Pearl?

—Todo lo contrario, señor Blake —se acercó a él la pelirroja—: sus amigos han escrito lo que usted quería, de modo que ya no vale la pena molestarse más.

—¡Ah! —Relució el verde ojo de Blake—. ¡De modo que han decidido escribir y firmar todo lo referente a su tinglado…!

—Así es.

—¿Y cómo ha sido eso? ¿Por qué cambiaron una opinión que tan firme parecía?

—Digamos que… los convencí con razonamientos lógicos.

Las miradas de los seis hombres fueron hacia Pearl, con brusco sobresalto. ¿Qué clase de jugada estaba haciendo ella? Podía ser que estuviera jugando a su favor, pero por el tono de voz les pareció que no era así.

—Espléndido, Pearl… ¡Espléndido! —Exclamó alegremente Blake—. ¿Puedo ver lo que han escrito mis «amigos»?

—Naturalmente. Lo tengo todo reunido. Han terminado hace muy poco de escribir.

—Bueno, se pueden escribir muchas cosas…, y yo creo que antes de seguir adelante debo asegurarme de que han escrito la verdad. ¿No le parece. Pearl?

—Sí.

La pelirroja tendió el montón de folios escritos a mano, y Blake los tomó con las suyas enguantadas. Lo primero que hizo fue pasar las páginas para examinar, una a una y atentamente, las firmas. Esto llevó tiempo, pues Blake no podía manejar fácilmente las hojas debido a los guantes. Pero, finalmente, pareció complacido de las firmas, y entonces dirigió una mirada al grupo.

—Quiero leer todo esto, y quiero hacerlo sin interrupciones y con tranquilidad. Pearl, no los pierda de vista.

—Descuide. Pero no hay cuidado: está claro que han decidido comportarse de modo que…

—No me fio de ellos.

—Está bien. ¿Quiere café?

—Sí… Gracias, Pearl.

Grant Blake comenzó a leer, y pareció olvidarse del mundo que le rodeaba. Fue Pearl quien le recordó el café, le sirvió una hora más tarde otro, y, de cuando en cuando, le ofrecía un cigarrillo encendido. Desde sus asientos, Lasnier y los otros dirigían interrogantes miradas a Pearl cuando estaban seguros de que Blake no podría verlos. La pelirroja se limitó siempre a hacerles unos leves gestos que indicaban paciencia, también cui dando que Blake no pudiera verla si alzaba de pronto la mirada.

La lectura duró algo más de dos horas, debido a la meticulosidad de Blake, y, al parecer, a ciertas dificultades en su único ojo.

Cuando terminó, estuvo todavía casi un minuto inmóvil, con la mirada fija en la última página. En aquel rostro retorcido por el fuego era imposible captar expresión alguna.

—De acuerdo —dijo de pronto, con voz tensa, alzando la mirada—: esto es exactamente lo que quería de vos… ¡Oh!

Los papeles se escurrieron entre sus torpes manos, y revolotearon hacia el suelo, desordenados. Pearl se acercó rápidamente, diciendo:

—No se preocupe, yo los recogeré.

—Gracias, Pearl.

Ella comenzó a recoger los papeles, sin preocuparse demasiado por el orden. Para recoger las últimas páginas tuvo que colocarse delante de Blake, que parecía mortificado por su torpeza. Pero, apenas Pearl, inclinada, estuvo a su alcance. Grant Blake metió la mano derecha bajo su chaqueta, y sacó rápidamente una pistola provista de silenciador. El instinto, o quizás un sexto sentido, avisaron a la pelirroja, porque de pronto alzó vivamente la cabeza…

El silenciador golpeó de lleno en su frente, con tuerza. Las gafas oscuras saltaron por el aire, y Pearl Wood, lanzando un gemido, cayó sentada primero un instante, y luego de espaldas, perdido el conocimiento.

Para entonces, la pistola estaba ya perfectamente encajada en la mano de Grant Blake, que apuntó hacia los sobresaltados, y esta vez con razón, escritores de una noche.

—Lo diré una sola vez —chirrió la voz del monstruo—: aquel de vosotros que me inquiete, por levemente que sea, es hombre muerto.

Capítulo VII

AL sobresalto sucedió el desconcierto. Y finalmente, fue Graham quien lo puso de manifiesto, por todos:

—Pero…, ¿qué pasa? ¿Por qué has hecho eso, Grant?

—¿Vais a pedirme explicaciones?

—No… Bueno, es absurdo. Ella está de tu parte, así que no comprendemos…

—Ya iréis comprendiendo. Alvin, tú eres el más vicio, el menos ágil de todos, el más inofensivo en cuanto a proezas físicas se refiere, así que sólo tú vas a moverte. El bolso de Pearl está en ese sillón… —lo señaló con la pistola — Tráemelo. Y piensa bien cualquier «buena» idea antes de ponerla en práctica. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Pues tráeme el bolso. Agárralo por la correa, y tráelo. Sólo eso. Alvin.

Alvin Harvey se puso en pie, y fue al sillón donde estaba el bolso, que llevó hacia Blake, obedeciendo al pie de la letra las indicaciones de éste, que finalmente se apoderó de él, y lo colocó sobre sus muslos.

—Vuelve a tu sitio. Arthur, tú siempre has sido muy aficionado al cine, a la música, a las grabaciones… ¿No es así?

—Si —murmuró Graham—. Sí, sí.

—Vas a encargarte del paquete. Estoy seguro de que por ti mismo irás comprendiendo lo que tienes que hacer a medida que vayas viendo el material Sería conveniente que lo fueses colocando en esa mesita. Quita todo lo que hay en ella… Eso es. Bien, adelante. Ten cuidado al abrir el paquete.

La curiosidad estaba ahora dominando sobre cualquier otra emoción en los seis hombres. Arthur Graham colocó el paquete sobre un sillón, y comenzó a desenvolverlo con cuidado. Lo primero que retiró del envoltorio fue una caja rectangular, dentro de la cual encontró un proyector de ocho milímetros.

Se oyó la risa de Blake.

—¿Os gustaría ver unas cuantas películas porno? —ofreció—. ¡Es un modo como otro cualquiera de pasar el rato!

Nadie dijo nada. Graham estaba colocando ahora sobre la mesita unas cuantas cajas que, evidentemente, contenían películas… Había también una pantalla blanca, metida dentro de un tubo de cartón, del cual la sacó Graham, y, tras mirar alrededor, fue a colgarlo en la librería, pasando el cordón por lo alto del lomo de uno de los libros.

—Así me gusta —aprobó Blake—, que tengáis recursos para todo… o para casi todo.

Thomas Relligan se inclinó hacia Lasnier, y musitó:

—No me gusta esto, Oliver. Presiento…

—¡Silencio! —Ordenó Blake—. ¡Yo diré quién y cuándo puede hablar! Sigue, Arthur, sigue. Lo estás haciendo muy bien.

Graham se pasó la lengua por los labios, y continuó sacando cosas del paquete. Al principio se había mostrado muy tranquilo, pero ahora, como los demás, estaba captando una sensación de angustia, algo enervante. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener el incipiente temblor de sus manos, pero, evidentemente, no lo consiguió del todo, porque de nuevo se oyó la risita crepitante de Grant Blake. Graham comenzó a poner sobre la mesita unas cuantas «cassettes», cada una de las cuales tenía escrito un número grande, en rojo; había seis «cassettes», numeradas del uno al seis. Y había también un magnetófono a pilas.

Lu último era una caja cuadrada, del tamaño doble al de una de zapatos, y cuyo peso era considerable…

—Esa tráemela. Arthur.

Graham se acortó, y dejó cuidadosamente la caja sobre los muslos de Blake, tras hacerse cargo del bolso de Pearl, del cual ya había retirado Blake la pistola de la pelirroja y la de Perkins. Blake volvió a emitir una risita.

—¡A propósito de Perkins…! —exclamó—. ¿No os gustaría saber qué cenasteis anoche?

Seis pares de ojos desorbitados se fijaron en Grant Blake, que volvió a reír.

—¡Exacto! —se divertía—. ¡Cenasteis lo que estáis pensando! ¡Un buen bistec del cuerpo de Perkins! Y me parece que Morley fue el que se comió el trozo de corazón que… ¿Qué os pasa? ¿Algo no va bien?

Morley había palidecido más que los demás, pero fue Alvin Harvey el que estuvo a punto de vomitar. Se llevó las manos a la boca, y permaneció así, como incapaz de moverse. Thomas Relligan contemplaba a Blake con expresión homicida.

—Te gustaría matarme, ¿eh, Tom? —Lo miró aviesamente el monstruo —. Oh, sí, te gustaría mucho, muchísimo, matarme, lo sé. Pero es natural, me hago cargo de tu estado de ánimo. Te sientes., como una fiera acorralada, ¿no es cierto? Bueno, vamos a suavizar un poco la situación poniendo algo de música. Dicen que la música amansa a las fieras, así que espero que contigo dé todavía mejor resultado… Arthur, ¿quieres poner la «cassette» número cuatro?

—La cuatro… Sí, enseguida.

Graham manipuló en el aparato, hasta colocar la «cassette»», y, tras mirar a Blake y captar el gesto afirmativo de éste, puso en marcha el magnetófono.

—Escuchad… —dijo Blake—. ¡Escuchad qué música deliciosa!

Todas las miradas convergieron en el aparato, del cual, de pronto, brotó algo que no tenía que ver con la música.

Fue un grito.

Un alarido, un aullido tremolante que brotaba de una boca femenina, y enseguida se oyó otro, de tono todavía más alto… Eran unos gritos que expresaban el más profundo miedo, un terror sin límites, una angustia aniquiladora…

—Son dos mujeres —dijo Blake—. Una joven todavía, otra ya de cierta edad… ¡Qué mal lo han pasado antes de morir! Escuchad, escuchad bien.

Los untos de miedo, de dolor, de histeria, de súplica, se sucedían. A veces sonaban por separado, a veces juntos formando un dúo de aullidos espeluznantes…

—¡Pobrecillas! —Movió la cabeza Blake—. ¿No reconoces esos gritos, Thomas? ¿No? Claro, nunca antes habías oído gritar así a tu madre y a tu mujer, ¿verdad?

Relligan se puso en pie, demudado.

—No —jadeó—. ¡No!

—Escucha, escucha… ¡Escúchalas sufrir atrozmente! ¿Sabes lo que les está ocurriendo. Tom, lo sabes? ¡Estoy seguro de que te lo imaginas! ¡Están sufriendo todos los fuegos del infierno, porque yo mismo, esta noche, las he visitado, las he torturado, y finalmente las he abrasado vivas con uno de mis lanzallamas…!

—¡Noooooo…! —aulló Relligan, abalanzándose contra Grant Blake, enloquecido.

El monstruo apretó el gatillo de la pistola.

Plop, chascó el silencioso disparo.

Thomas Relligan recibió el balazo en el vientre, lanzó otro aullido, y rodó por el suelo, quedando muy cerca de los pies de Blake, casi encima de la desvanecida Pearl Wood. Apretándose el vientre con las manos, jadeando, aullando, Relligan consiguió ponerse en pie, y sus manos se tendieron como garras hacia Blake.

—Te… te voy a… a…

Dio un paso.

Otro paso.

Plop, disparó de nuevo Grant Blake.

Esta vez, la bala se hundió con acolchado sonido en el pecho de Relligan, justo sobre el corazón. Relligan emitió como un fuerte suspiro, y saltó hacia atrás, cayendo de espaldas, ya muerto, abiertos los ojos…, mientras en el salón continuaban oyéndose los aterrados gritos de dos mujeres.

De pronto, George Chapman lanzó un grito, corrió hacia el magnetófono, y detuvo su marcha. Acto seguido, miró con expresión enloquecida a Blake, que le apuntaba con la pistola.

—Maldito monstruo —jadeó—. ¡Maldito seas!

—¿De manera que yo soy un monstruo? Bien…, ¿qué sois vosotros, entonces?

Morley Walker se puso en pie, y gritó:

—¡Matémosle! ¡No podrá con los cinco si le atacamos a la vez, podemos…!

Plop.

Los gritos de Morley Walker se convirtieron en un alarido de dolor cuándo la bala le acertó en el centro del pocho, sentándolo de nuevo en el sillón, como si fuese un muñeco. Los demás se quedaron mirándole, demudados los rostros, paralizados por el miedo, por el espanto. Algo así como un ronco y tremolante silbido comenzó a brotar de la boca de Walker, y sus ojos, fijos en Blake, comenzaron a bizquear. De pronto, quedó inmóvil, como helado, mostrando sus ojos aquel intento de cruzar la mirada.

—Ya sólo sois cuatro —rio Blake, mostrando ahora también armada la mano izquierda—. Si de verdad creéis que no puedo mataros a dos con cada pistola antes de que lleguéis ante mí, adelante. Quizás alguno consiga sobrevivir… ¿Queréis correr el riesgo?

Nadie se movió.

Blake emitió olía risita.

—Bueno, George —miró a Chapman—, tú mismo, ya que estás ahí, ¿quieres quitar esa grabación y poner la «cassette» número tres?

—No —negó roncamente Chapman—. No quiero, no.

—¿Prefieres morir? —le apuntó Blake al pecho.

—No. No quiero ponerla, no quiero ¡No quiero!

—Tienes tres segundos para decidirte. Uno, dos, t…

Lanzando un grito desgarrado, Chapman se abalanzó hacia el montoncito de «cassettes», tomó la señalada con el número 3, y, con gran torpeza de sus manos temblorosas, la colocó en el aparato, y puso éste en marcha…

Casi enseguida, se oyó una femenina voz juvenil, llorosa, tremolante:

—Papá… ¡Papá, me han violado, y han matado a mamá y a Jimmy…! ¡Papá! ¡Papá!

La voz se alejó de pronto, se oyeron gritos de la muchacha, y la inconfundible risa crepitante de Grant Blake, y acto seguido su voz chirriante:

—¡Hola, George! ¡Soy Grant! ¿Te gustaría ver lo que hemos hecho con tu familia? ¿Te gustaría verlo? ¡Pues no te preocupes, amigo George, lo vamos a filmar, y podrás ver la película! ¡Pronto nos veremos, George!

—¡Papaaaaaá…!

Se oyó un golpe, un grito de dolor, arreció el llanto de la joven, y se oyeron las risas de dos hombres.

—¡No! —gritó la misma voz juvenil—, ¡Otra vez, no, no!

Y como fondo, la risa de Grant Blake…, que se unía a las carcajadas que en vivo y en directo emitía el monstruo, y que se oyeron con toda nitidez cuando, de pronto, terminó la grabación. George Chapman emitió un sollozo, y se dejó caer de rodillas al suelo, escondiendo el rostro entre las manos.

—Dios mío —tartamudeó Oliver Lasnier—. ¡Eres un sádico, Grant! ¡Un sádico loco…!

—¿De modo que ahora le acuerdas de Dios? —Gritó furiosamente Blake —. ¿Y antes? ¿Te acordaste antes, cuando eran otras personas las que sufrían o eran asesinadas gracias a nuestras actividades? ¡Yo me di cuenta consciente, por fin, de lo que estábamos haciendo, y os lo dije, y entonces os burlasteis de mí, y cuando os dije que al menos yo me retiraba de todo, ordenasteis mi muerte! ¿Pensaste en Dios en aquel momento, Oliver?

—Un loco —insistía Oliver Lasnier—. Un loco sádico, una bestia, un monstruo.

—¡¿Y qué sois vosotros?!

—¡Nunca hemos hecho nada semejante!

—¡Directamente, no, pero sí dando órdenes, y contratando gente que lo hiciera! ¡Y hasta cosas peores! ¡Y vosotros sólo lo hacíais por dinero! En cambio, yo solo lo hago por venganza personal, por satisfacción íntima… ¡Y

soy, además, la espada justiciera que va a corlar vuestras cabezas! Pero no tengo prisa… No, no tengo prisa en manejar mi espada… ¡Arthur, pon una de esas películas! ¡Y hazlo enseguida!

—No —negó con voz rota Arthur Graham— Por favor, Grant, no… ¡No sigas con esto!

—¡Pon una película!

—¡No quiero hacerlo!

—¡Te digo que pongas una película, o voy a destrozarte a balazos las roanos y los pies!

—No, no, no…

Plop.

Arthur Graham lanzó un aullido al mismo tiempo que efectuaba un grotesco salto. Cayó sobre un solo pie, y acto seguido rodó por el suelo, dejando salpicaduras de sangre que brotaban de su pie derecho, destrozado en la parte de les dedos por la bala tan certeramente disparada.

—¡Pon una película! —aulló Blake.

Arthur Graham comenzó a llorar y gentil como una bestezuela, mientras se arrastraba hacia donde estaba dispuesto el proyector, y, poco después, las imágenes se proyectaban en la pantalla que antes el propio Graham había colgado de un libro. Había demasiada luz solar en el salón, pero nadie comentó nada al respecto, nadie quería ver las imágenes, que se velan muy débilmente, como desvaídas…

—¡Mirad a la pantalla! —Ordenó Blake—, ¡Vamos, mirad todos a la pantalla! ¡No os perdáis la actuación del hombre más hermoso del mundo!

Las miradas fueron hacia la pantalla, donde de pronto apareció una forma oscura, de claros contornos grotescos…, que todavía tardaron unos segundos en identificar los cuatro hombres: era el propio Grant Blake, desnudo. Estaba riendo, y hacía saludos con una mano.

—Hola. Oliver —dijo el monstruo de la pantalla—. Aquí me tienes, en tu casa. Esta noche ha sido muy activa para mí, mucho… Pero todo ha valido la pena. Oliver, ¿verdad que tú tienes una querida madre y dos preciosas y angelicales hijas, tiernas como flores? ¿Verdad que sí, Oliver?

En la realidad, sentado en un sillón, Oliver Lasnier comenzó a tartamudear.

Pero el monstruo de la pantalla era implacable.

—Oh, sí, sé que tienes esa madre, unas hijas delicadas, bellas como flores… Y lo sé porque estoy aquí, con ellas. Es muy triste que debido a mi… accidente aéreo, no pueda ocuparme personalmente de las encantadoras

Esther y Lucille, pero mis hombres no están menoscabados en ningún sentido. Oliver. ¿Me comprendes? Y para convencerle de ello, vamos a filmar, en tu honor, una película con las… actividades de mis hombres. Ah, por cierto, Oliver: hemos tenido que matar a tu madre… ¡Se puso tan violenta tan histérica cuando me vio y le dije a qué venía a tu casa! Ella…

—Lucy —gimió Lasnier—. ¡Esther…!

—…ha muerto rápidamente, de todos modos, no debes sentir demasiada pena. Me habría gustado más masacrarla brutalmente, como vamos a hacer con tus hijas, pero no ha sido posible. En fin, vamos a filmar con el material de que disponemos. ¡No te pierdas la película, Oliver!

Se oyó el grito en la pantalla, y enseguida, otro. Confusamente, aparecieron las figuras de cuatro hombres, acorralando a dos muchachas de largos cabellos rubios; de un rubio muy claro, lacios… Los cuatro hombres cayeron sobre ellas impetuosamente, y los gritos arreciaron…

Oliver Lasnier lanzó un rugido, y corrió hacia el proyector, lo alzó con gran impulso, y lo tiró contra la pantalla donde se movían, como diluidas por el sol, las imágenes… que dejaron de verse, naturalmente. Acto seguido, Lasnier se volvió hacia dundo estaba Grant Blake, y corrió hacia él, aullando como enloquecido, blandiendo las manos como garras…

Plop, plop, plop.

La carrera enloquecida de Oliver Lasnier fue frenada muy eficazmente por las tres balas, que hicieron mella en su cuerpo, estremeciéndolo sucesivamente, como si cada vez recibiera una descarga eléctrica. Pero sólo cuando recibió la tercera bala, ya muy cerca del monstruo, Oliver Lasnier se desplomó, quedando cruzado, de bruces sobre el cadáver de Thomas Relligan.

Y enseguida, la risa de Grant Blake.

—¡Bueno, ya sólo sois tres! La muerte está jugando sus cartas. Pero, ¿veis?: ellos ya no sienten nada. Es lo que os decía: la muerte no es nada. Una vez muerto, uno no siente nada… ¿O quizá sí se siente algo después de muerto? ¿Qué dices tú. Alvin?

Alvin Harvey lo miraba, pero no contestó. Simplemente, miraba con incrédula estupefacción a aquel monstruo no sólo físico, sino mental. Era un monstruo del rencor, un ser infrahumano.

—¿No quieres contestar? —Susurró casi amablemente Blake—. ¡Vamos, Alvin, haz un esfuerzo!

Harvey sabía ya cuál era el final de lodo. Lo sabía perfectamente: Grant Blake, los iba matar a todos. Había conseguido todo cuanto, en sus horas, días y hasta meses de monstruosa soledad, había ido planeando. Había tenido

tiempo, era inteligente, y todos sus planes, escrupulosamente organizados se estaban cumpliendo. Y terminarían cuando ninguno de sus seis ex amigos quedase con vida.

Para asombro de sí mismo. Alvin Harvey, el hombre de más edad en aquella trágica reunión, encontró un resto de dignidad. O quizá, a su vez, se estaba vengando de Blake al no querer mostrar ya más miedo.

—No sé lo que se siente después de muerto, Grant, como es natural.

—¿No? Bueno, pero puedes saberlo muy fácilmente.

—Ya no me importa que me mates.

—Oh, pero yo no me refiero a esa clase de facilidades para conocer el Más Allá, Alvin. ¡Claro que los muertos saben lo que se siente estando muerto! Y eso no tiene mérito. El mérito consiste en saberlo estando con vida. Y tú vas a saberlo, Alvin.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Bueno, puedes preguntárselo a Oliver, por ejemplo.

—Estás rematadamente loco.

—Claro que no, hombre… Anda pregúntaselo a Oliver.

—Eso es una estupidez; está muerto.

—¡Pues por eso mismo! ¡Él debe saber qué se siente estando muerto! Vamos Alvin pregúntale… ¡Te estoy diciendo que le preguntes a Oliver!

—Está bien.

—Así me gusta. ¡A ver qué nos dice el buen Oliver! Pregúntale sin brusquedad, ¿comprendes? Con dulzura, Alvin, con dulzura.. Hay que ser respetuoso, y hasta cariñoso, con los muertos. De modo que ya sabes: ¡mucha dulzura!

Alvin Harvey llegó unte el cadáver de Lasnier, le dio la vuelta, y lo dejó tendido boca arriba en el suelo.

Tragó saliva.

—Oliver: ¿qué se…? —empezó.

—¡No, no, no, así no, idiota! —Vociferó Blake—. ¡Te estoy diciendo que le preguntes con dulzura! Tómalo en brazos, acaricia su rostro, y pregúntale algo así: Oliver, querido amigo, ¿cómo estás, que se siente en ese helado lugar?

Harvey aspiró profundamente. Asió como pudo el cadáver de Lasnier, y lo alzó, acercándolo a su pecho. Los ojos de Oliver Lasnier, desorbitados por el miedo, el odio, la furia, el dolor, parecieron mirar los de Alvin Harvey, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para preguntar:

—Oliver, querido amigo: ¿cómo estás, que se siente en ese helado lugar?

No dijo nada más. Grant Blake comenzó a reír de nuevo, y pareció que su propia risa lo fuese animando, porque las carcajadas eran más y más sonoras. Entre crujientes hipidos de risa, consiguió preguntar:

—¿No te contesta. Alvin? ¿Oliver no te contesta?

—No…

—¡Pero insiste, hombre, insisto! ¿Estás seguro de que has sido lo bastante dulce con él?

—Creo que sí, Grant. Pero… estamos en diferentes dimensiones, y aunque quizá él me esté contestando, yo no puedo oírlo.

—Ah Eso está muy bien, Alvin. ¡Muy bien expresado! ¡Diferentes planos, diferentes dimensiones, quizá sea esa la explicación! Quizá no estemos nunca ni muertos ni vivos, sino en diferentes dimensiones. ¡Sí, podría ser eso! Bueno. Alvin: ¿te gustaría estar en la misma dimensión que Oliver?

—Después de lo que supongo has hecho con mi familia, no me importa demasiado. Grant.

—¿De verdad que no te importa?

—De verdad —murmuró Alvin Harvey.

—En ese caso…

Plop.

La bala alcanzó a Alvin Harvey en el centro de la frente, y lo derribó de espaldas, todavía abrazado al cadáver de Oliver Lasnier.

Todavía arrodillado George Chapman parecía haberse serenado, y miraba con expresión ausente a Blake. Arthur Graham parecía una estatua. Grant Blake miró a uno y otro, y sonrió.

—Vaya, vaya, vaya…, ¡ya sólo sois dos! ¿Y sabéis…? ¡Se me acaba de ocurrir la última diversión del día!

Capítulo VIII

NI CHAPMAN ni Graham reaccionaron. Simplemente, miraban a Grant Blake, que una vez más emitió su crepitante risa.

—Se me acaba de ocurrir una idea genial —aseguró—. ¿Os gustaría conservar la vida?

Silencio.

—He hecho una pregunta —masculló Blake—. ¡Y quiero una respuesta! ¿Os gustaría conservar la vida?

—Sí —murmuró Graham.

—Sí —susurró Chapman.

—Magnífico… ¡Oh, pero me parece que no me habéis entendido bien! No he querido decir que vayáis a conservar la vida todos. Sólo la conservará aquel de vosotros que mate al otro.

Se echó a reír de nuevo, con unos crujidos agudos, entre hipidos de gran jolgorio. Chapman y Graham, que continuaban mirándose, cambiaron entre sí una mirada.

—No le hagas caso —tembló la voz de Graham.

—¿Por qué no ha de hacerme caso? —Exclamó Blake—. ¡Lo que ocurre es que tú eres más débil que George, y sabes que él te vencería, de modo que no te interesa el juego! Pero a mí sí me interesa, a mí sí me gustaría la diversión, de modo que mantengo lo dicho: aquel de vosotros que mate al otro en mi presencia, podrá marcharse, sano y salvo. ¡Vamos, vamos, es una buena oportunidad que no merecéis ninguno de los dos!

—No vamos a concederte ese placer, Grant —dijo firmemente George Chapman.

—¿No?

—No. ¿Qué puedes hacernos? Desde luego, no más de lo que nos has hecho ya. Supongo que en esas cintas están grabadas cosas horribles, y en esas películas has filmado cosas igualmente horribles que has hecho con nuestras familias… ¿Qué más puedes hacernos? ¿Matarnos? Eso, ya, sólo nos da risa.

—¿De veras? Pues vamos a reír todos… ¿Dices que no puedo haceros nada más? Muy bien. George, muy bien Pero veamos si se me ocurre algo, déjame pensar… Ah, sí. ¿Verdad que antes dije que yo soy la segura espada justiciera?

—Sí… Lo dijiste.

—¿Y crees que lo dije por capricho?

—No hay justicia en lo que tú has hecho: sólo venganza. Una venganza monstruosa… como tú mismo.

—No vamos a discutir esos matices. Lo cierto es que cuando digo que soy la espada justiciera, es que lo soy. Y te lo voy a demostrar, George. Aunque la demostración, en realidad, va dedicada más directamente a Arthur. ¿No le gustaría saber qué ha sido de tu madre, Arthur?

—¡No! —Gritó Graham—. ¡No quiero saberlo, no!

—Vamos, no seas infantil… Hay que afrontar las situaciones, hombre, sean cuales sean éstas… ¡Mira lo que ha sido de tu madre!

Mientras hablaba. Blake había dejado una de las pistolas, había quitado la tapa de la caja cuadrada que descansaba sobre sus rodillas, y había metido la mano dentro. De pronto, la sacó… sosteniendo por los cabellos una cabeza humana de tono oscuro, y cuyos ojos parecían grandes bolas de vidrio. Al ver aquella cabeza, y los blancos cabellos, Arthur Graham lanzó un alarido, y escondió el rostro entre las manos. George Chapman, que parecía haberse recobrado un poco, palideció como un muerto, y se tambaleó.

Con un gesto, Blake tiró la cabeza rodando por el suelo, en dirección a Graham, que al oír el rebotante y blando sonido retiró las manos, vio la cabeza rodando hacia él, y, chillando, comenzó a retroceder…

—¡Cógela, Arthur! ¡Puedes guardarla como recuerdo! —rio Blake.

—¡Te voy a matar! —gritó de pronto Chapman.

En realidad, ni siquiera tuvo tiempo de dar un paso, porque Grant Blake disparó dos veces, acertando ambas en pleno corazón de Chapman, que osciló hacia atrás, luego hacia delante, y de nuevo atrás, cayendo como un poste.

Inmediatamente, la pistola se desvió hacia Graham, que había llegado a la pared del fondo y se apoyaba en ella, de espaldas a Blake, que gritó:

—¡Vuélvete! ¡Vuélvete, Arthur! ¡Tienes que mirar de frente a la muerte! ¡Vuélvete! ¡Quiero que te vuelvas, y que recojas la cabeza de tu madre, y que le des el beso de despedida…! ¡Obedéceme, Arthur!

Pero Arthur Graham no obedeció. Continuó pegado a la pared, como si quisiera fundirse con ella, estremecido, sollozando. El espanto había llegado al límite, y Grant Blake lo comprendió así.

Entonces, apuntó firmemente a la espalda de Arthur Graham, y, una vez más, apretó el gatillo de la pistola.

Cuando, minutos más tarde, Pearl Wood abrió los ojos, la primera sensación que tuvo fue de dolor. Luego, súbitamente, su memoria funcionó, y se sentó en el suelo rápidamente.

Se quedó mirando a Grant Blake, que, frente a ella, la estaba apuntando con su propia pistola. Pearl se tocó el hinchado hematoma de la frente, se pasó la lengua por los labios, y luego miró alrededor, contemplando uno a uno los cadáveres que componían la masacre.

—Desagradable, ¿no es cierto? —oyó la susurrante voz de Grant Blake.

Miró de nuevo al monstruo.

—¿Por qué ha hecho eso conmigo? —preguntó, con voz tensa.

—¿Acaso no lo merecías?

—No le comprendo. Yo…

—Pearl, yo no te necesitaba a ti realmente, para hacer todo esto. En lugar de enviarte precediéndome, pude venir yo solo, en mi silla, o acompañado de uno de mis hombres. Sólo dispongo de cinco, pero fieles y bien pagados. Por cierto, que ya se han ido: estamos tú y yo solos en esta casa, pues también ordené que se fueran los criados con ellos, y que los dejasen libres esta noche.

—No comprendo nada —murmuró la pelirroja.

—Te lo explicaré, porque ahora tenemos todo el tiempo que haga falta, y quiero… ordenar mis pensamientos. Como te decía, yo no te necesitaba a ti para nada…, salvo para ofrecerles a ellos —señaló los cadáveres alrededor— una oportunidad de salvación. Lo que significa que yo había previsto, naturalmente, que intentarían sobornarle. Y así fue.

—No es cierto que…

—Vamos, es una tontería andar con mentiras ahora. Cuando me fui de aquí, dejé un micrófono en este salón, y ya mis hombres habían colocado otros en otros sitios de la casa, de modo que siempre he sabido lo que ocurría aquí dentro. Es más: lo esperaba… y lo deseaba. Por eso te envié. Sabía que entre tú y ellos buscaríais el modo de burlarme, y que, tal como yo te había dicho que estaba la situación para sus familias, sólo había un medio: contentarme de momento escribiendo sus confesiones, y hacer luego vuestra jugada. Por eso te envié: para que consiguieses las confesiones. Sabía que de otro modo me resultaría muy difícil, por no decir imposible. De modo, Pearl,

que ése ha sido todo tu verdadero trabajo: traicionarme para conseguir lo que yo quería.

—¿Y si no lo hubiese hecho? —murmuró Pearl.

—Mala suerte. Pero sabía que lo harías. Oh, vamos, conozco a la gente como tú… ¡Os conozco muy bien! Sabía que lo harías, eso es todo. En cambio cuando fuiste a ingresar los cheques en la cuenta de Frank Marlowe, no podías traicionarme, pues de nada te servirían a ti esos cheques. Quizá te hayas preguntado por qué hicimos toda la comedia del helicóptero que no existe, lo de que estuvieses todo el día fuera…, cuando en realidad, te bastó ir a Cleveland e ingresar los cheques en la cuenta de Frank Marlowe en el «Ohio Bank», volver aquí, y esperar el momento de simular tu regreso, tu fatiga… Pues bien, era para engañaros a ellos, para hacerles creer que yo disponía de una gran organización, cuando en realidad, como te he dicho, sólo disponía de cinco amigos… que ya se han marchado. Esos cinco son los que han estado interviniendo el teléfono y engañando a los dos que llamaron simulando que estaban en sus casas, y los que eliminaron a los vigilantes del jardín, y los que utilizaron el lanzallamas… Sólo cinco, Pearl.

—Pero entonces… No comprendo… Usted me dijo que tenía muchos hombres, que tenía ocupadas las casas de estos seis…

—Te mentí, naturalmente. Has sido… un instrumento más de mi venganza. Una venganza terrible. Mira —señaló—: ¿qué dirías que es eso?

Pearl Wood miró en la dirección indicada, y vio aquel… bulto de tono blanco. De pronto, lo identificó.

—Es una cabeza humana —murmuró.

—¿Sí? Tráela, ¿quieres?

La pelirroja se puso en pie, fue a donde estaba la cabeza de la madre de Arthur Graham, y la agarró por los cabellos, mirándola con indiferencia… Pero su indiferencia, mientras caminaba hacia el monstruo, desapareció súbitamente.

—¡No es de verdad! —exclamó, atónita.

—No, no lo es —rio Grant Blake—. Como tampoco son auténticas las cintas de horror cuya audición obsequié a mis… «amigos», ni las películas. Todo es mentira, todo está trucado todo fue preparado por mi antes de venir a esta casa. Si pudieses ver las películas observarlas que las imágenes nunca son lo bastante claras para que ninguno de mis «amigos» pudiera identificar plenamente a sus familiares; en cuanto a las cintas, son… programas que grabé utilizando a un actor que se dedica a hacer imitaciones de todas clases. Todo es mentira. Pearl: los asesinatos, las torturas, las violaciones, las

masacres… Todo es mentira. Durante todo este tiempo, las familias de mis amigos han estado tranquilamente en sus casas, sin sufrir molestia alguna, haciendo su vida norma!, y convencidas de que estos seis criminales estaban reunidos aquí, como otras veces, organizando sus negocios, que esas pobres gentes creen que son honrados… ¿Por qué convertirme en un criminal por culpa de este montón de carroña? No he molestado ni perjudicado en modo alguno a nadie…, salvo a ellos seis. ¡Ellos sí tenían que sufrir al máximo, fuese como fuese! Y lo he conseguido… ¡Lo he conseguido! Oh, maldito sea, me he Vengado con todas mis fuerzas, me he convertido en un auténtico monstruo de odio, ¡pero eso no podía evitarlo! ¡Me he vengado de ellos, y sólo de ellos…, y he librado al mundo de seis alimañas criminales! Los hecho sufrir como a bestias… ¡He disfrutado del resto de mi vida monstruosa!

Pearl Wood permaneció durante algunos segundos contemplando al excitado Grant Blake. Luego, dejó la "cabeza" en un sillón, y, volviendo a mirar a Blake, murmuró:

—¿Y ahora?

—¿Me estás preguntando por ti misma?

—Sí. ¿Qué piensa hacer?

—Pearl; eres una asesina. Como Perkins, al que mataste tan fríamente, para mi complacencia, desde luego. Pero no eres mejor que él. No eres mejor que cualquiera de los que están aquí…, de los que estamos aquí, quiero decir pues yo también me cuento. Pearl, eres tan carroña como lodos nosotros.

—¿Va a matarme?

—Sí.

—¿Qué ganará con ello?

—Ah, pura satisfacción personal. ¡Que no es poco!

—¿Y luego? Dice usted que sus amigos se han marchado, que estamos los dos solos aquí… ¿Qué hará usted luego? No puede conducir un coche, de modo que le será imposible alejarse de aquí contando sólo con esta silla…

—Te equivocas. Precisamente, esta silla es la que podrá trasladarme al lugar deseado.

—No diga tonterías. Ya sé que tiene ese pequeño motor acoplado, pero, ¿hasta dónde cree que podrá llegar? ¡Vamos…! Una ruina humana como usted, huyendo en un sillón de ruedas… ¡Es grotesco, Blake!

—Adiós, Pearl.

Blake apuntó la pistola de la pelirroja hacia ésta, pero Pearl extendió un brazo rápidamente.

—¡Espere! ¿No comprende que está cometiendo un gran error? ¡Yo podría ayudarle a escapar y…!

Plop.

El gélido, gris, casi cristalino ojo derecho de Pearl Wood reventó al recibir el impacto de la bala que atravesó su cabeza y salió con sangrienta salpicadura por detrás. El impacto sentó a la pelirroja en el mismo sillón donde había dejado la cabeza que había engañado a Graham y Chapman. La de Pearl quedó colgando hacia el pecho, todavía abierto el otro ojo. Grant Blake se estremeció al ver aquel tono como de agua helada. Apuntó de nuevo, y disparó. El otro ojo de Pearl Wood reventó, y pareció que entonces, la pelirroja perdiese la frialdad de sus facciones, cuando sus ojos quedaron convertidos en dos boquetes oscuros.

Grant Blake estuvo un par de minutos inmóvil, perdida la mirada de su pérfido ojo verde, cuyo malvado resplandor parecía haberse apagado de pronto.

Reaccionó, dejó caer la pistola, e hizo rodar la silla hacia donde estaba el teléfono…

Este es el final

…Y todo cuanto ha sucedido, teniente, está grabado por mí en esta «cassette» —terminó el monstruo, tendiendo la cajita al policía.

Frank Marlowe se acercó, tomó la «cassette», y se quedó mirando a Grant Blake, que a su vez le contemplaba con su solitario ojo verdoso. De pronto, Marlowe se estremeció.

—Si no estuviese viendo los cadáveres que nos rodean, no podría creer lo que usted me ha relatado, señor Blake.

—Pero los ve, ¿no es cierto? Ahora todo lo que tiene que hacer es presentar las confesiones firmadas por ellos, y su informe. Lo ascenderán a capitán, estoy seguro de ello. En cuanto al dinero, a esos casi setenta y cinco millones, los hice ingresar en su cuenta porque sé que desde ahí, usted les dará el curso adecuado.

—Por supuesto —murmuró Frank—. Pero, señor Blake…, ¿por qué yo? ¿Por qué me ha elegido a mí para esto, para darme este triunfo, para terminar su venganza organizada?

—Siempre me resultó usted simpático.

—¿Está bromeando?

—No.

Frank estuvo unos segundos atónito, sin dejar de mirar el rostro de aquel horrible ser…, que a fin de cuentas no lo era tanto. Bueno, sí había asesinado a siete personas, pero… ¡Cielos, parecía todo una pesadilla!

—Bien. ¿Funciona ya el teléfono? —Preguntó Frank; y de pronto se dio una palmada en la frente—. ¡Claro que funciona, si usted me ha llamado a mi casa…!

—Sí, funciona —murmuró Grant Blake—, pero le agradecería que llamase usted desde otro sitio.

—¿Por qué?

—Es un… capricho personal —susurró Blake, poniendo una mano sobre la caja de mandos del motorcito del sillón rodante.

—Bueno, no es ninguna gran complicación, realmente. Puedo ir con el coche y encontrar un teléfono antes de cinco minutos. Claro que… Bueno, ¡qué tontería!

—¿Estaba pensando que quizá yo intentaría escapar?

—Ya le he dicho que es una tontería. Iré a buscar ese teléfono, y sé que usted estará aquí cuando regrese.

—Por supuesto, teniente.

Frank asintió, hizo un gesto de saludo, miró una vez más el trágico escenario cuyo centro ocupaban él y Blake, y se dirigió hacia la puerta. Segundos después, salía de la casa. Se metió en el coche, lo puso en marcha, y rodó calmosamente hacia las verjas…

Estaba a unos treinta metros de éstas cuando sonó la explosión, no demasiado fuerte, pero suficiente para reventar los cristales del ventanal del salón, y lanzarlos hacia fuera como una lluvia de brillante fuego.

Frank Marlowe detuvo el coche, y volvió la cabeza.

Estaba lívido.

—La caja de mandos de la silla —dijo en voz alta—. ¡Debí imaginármelo! No tenía sentido que él se dejase luego capturar, y ser exhibido en juicios, entrevistas, televisión… Sí, debí imaginármelo.

Continuó su camino en busca de un teléfono.

Y pensando que, realmente, ¿cómo podía él haber imaginado que Grant Blake tenía una carga explosiva en su silla de ruedas, para activarla en el momento oportuno, y convertirse él también, como los demás, en pura carroña…?

FIN